

Los círculos de la soledad

Era una mañana escalofriante, como cualquier otra. Las montañas persistían obstinadamente en rodear nuestro modesto lago, como si pretendieran aprisionarnos y apartar lo más posible nuestra incesante miseria del resto del planeta.

Salí de casa a la misma hora que la mayoría de los días. Una profunda sensación de tristeza invadía mi alma y, tal vez, el único deseo que realmente experimentaba era el de adentrarme en el lago y dejarme sumergir por el agua.

Se trataba de una sensación que se había establecido en mí y persistía desde hacía casi un año. Aquella, sin duda, fue una época exasperantemente triste. Y yo dejaba que el desaliento impregnara mi alma sin tener siquiera el esmero de desear saber cuándo acabaría esta aflicción. Por otra parte, ¿es acaso posible saber cuánto duraría una felicidad? O, por el contrario, ¿cuánto se retendría una tristeza? Finalmente, ¿no es completamente absurdo atribuir un número a una sensación abstracta, imposible incluso de describir? Consideraba oportuno, por tanto, dejar que estas sensaciones recorrieran su cauce y se adueñaran de mi existencia. Confieso, además, que tal me resultaba un comportamiento noble.

En el fondo, por mucho que emocionalmente anduviera a la deriva, permanecía sin embargo firmemente aferrado a mi religión o, directamente, a mi Dios: mi conciencia. Me daba plenamente cuenta de que sin ella estaría perdido, de que en su ausencia no podría perseguir una existencia que considerase digna de ser vivida. Y que hubiera sido capaz de renunciar a cualquier cosa animada o inanimada que se presentara en mi camino, e incluso a mí mismo, con tal de salvar mi conciencia. Únicamente así podría sentirme una persona viva, válida.

Me adentré por la calle que transitaba diariamente para dirigirme al trabajo. Estaba entonces cubierta por una ligerísima capa de hielo. Avanzaba, sin pensar en nada concreto, sin prestar atención a los transeúntes con los que me cruzaba. De cuando en cuando, arrojaba una célere ojeada de desconcierto al lago, que se extendía no muy distante de mí. No podía evitar pensar que Marcello debía de hallarse allí, en algún lugar, bajo aquellas aguas heladas.

El buen humor, a pesar de que había transcurrido un año desde su partida, no conseguía reavivarse en mí. Sencillamente, no era capaz de figurarme la continuación de mi

vida sin mi amigo más cercano. Sobre ello, en aquel momento, reconozco que no quería ni pensar.

Me acordé de lo que me había dicho mi novia apenas antes de salir de casa. En aquellos últimos meses, había que admitir que nuestra relación no se había caracterizado más que por altercados y constantes incomprensiones. Aquella mañana, nos habíamos despertado aún más temprano de lo acostumbrado porque ella deseaba retomar una discusión que habíamos emprendido el día anterior. Solo me recriminaba que era una persona fría, glacial. Me reprendía, asimismo, por el hecho de que mi mente siempre conseguía prevalecer sobre mi corazón. Yo, por mi parte, no hacía más que reiterarle que la culpa no era mía si tal era mi carácter, y que procurara no ser tan obtusa mentalmente. Continué pensando en ella durante algunos instantes, después de los cuales una sensación de angustia y de fastidio me obligó a apartar la mente de aquel pensamiento. Y, prometiéndome a mí mismo que, al menos durante unas horas, haría todo lo posible por desterrar de la mente todas las conversaciones que había mantenido con Giovanna en los últimos tiempos, pronuncié entre mí: “¡Demonios, qué frío hace hoy!”, y aceleré el paso.

Cuando llegué a la editorial, el director ya se encontraba en su despacho y, puesto que no podía permitirse gruñir porque yo no le oiría, desde detrás de la cristallera y mientras hablaba por teléfono, esbozó un distraído gesto de saludo con la mano. Para llegar a mi puesto de trabajo, atravesé la sala de reuniones en la que varios empleados se habían arracimado en torno a Milena, una de nuestras secretarias – una muchacha relativamente joven la cual había estudiado relaciones internacionales en la universidad y, no sabiendo a qué dedicarse luego, había venido a trabajar con nosotros, casi por casualidad.

Enseguida intuí que todo el mundo le daba la enhorabuena, ya que ese mismo día arrancaba la publicación y distribución de su primer libro. Con el deseo de no tomar parte en aquella ceremonia, que consideraba obtusa y superficial, atravesé la sala en silencio, sin prestarles atención, cuando uno de los empleados y conocido mío me dirigió un saludo.

«¡Adriano, buenos días!»

Y yo no pude evitar replicar:

«Buenos días.»

Entonces, alegremente, continuó:

«Ven aquí un momento, Milena debuta con su primera novela, ¿no es extraordinario?»

Me acerqué a él y asentí con la cabeza. Luego, invadido por la apatía, yo también presenté mis cumplidos a la secretaria. Me habría gustado entonces retirarme a mi despacho y ponerme a trabajar. No tuve, sin embargo, forma de evadir aquella sala y tuve que presenciar conversaciones que, en mi juicio, podrían perfectamente haberse ahorrado. Ellos, sin embargo, insistían. Sobre todo, todos se obstinaban en reiterar lo orgullosos que se sentían de que una de nuestras colegas hubiera dado a imprimir un libro. Y yo, por muy desatento que estuviera a la conversación, no pude evitar pensar: “¿Es normal sentirse orgullosos por haber publicado un libro?” entonces sacudí ligeramente la cabeza y seguí “Normal, normal... ¿Acaso existe algo normal en este mundo?”

Me sentía cansado, sumamente cansado. Y, cualquier conversación, me resultaba aburrida. No tanto porque me infundiera tedio, sino más bien porque las consideraba vacuas, al borde de lo ridículo. Últimamente, tras la pérdida de mi mejor amigo, cualquier diálogo me aparecía como algo superfluo, a considerar como un tremendo desperdicio de tiempo, concebido para burlarnos de nosotros mismos.

Apoyado en la mesa principal, permanecí allí unos instantes más. Milena, entretanto, nos contaba sobre su manuscrito. Nos informaba que se trataba de un drama romántico de ciencia ficción postapocalíptico y que lo consideraba algo de lo más innovador porque, según decía, había conseguido combinar una narración que incluyera el viaje en el tiempo, un drama y una historia sentimental. Nos dilucidó a continuación sobre lo profundo que era el mensaje que se había propuesto transmitir con su manuscrito (a diferencia de la mayoría de los libros comerciales que se solían publicar).

Mi colega, que me había interpelado poco antes, no dejaba de lanzarme miradas, como para asegurarse de que no abandonara aquella sala antes de lo debido. Milena continuó hablando de cosas sin importancia, pero yo no le presté oídos y, al poco rato, conseguí escabullirme a mi despacho. Sin perder más tiempo, me dispuse a ordenar mi escritorio que, como de costumbre, estaba en desorden. En él había de todo: libros, carpetas, documentos, un manual con el título de *Escribe tu primer libro - Escritura creativa para principiantes*, e incluso unos folletos ilustrativos en los que se exponían las diferencias entre los sistemas vigentes utilizados para definir las unidades de medida editoriales, titulados *Páginas, cuartillas, extensión estándar de un texto: informaciones útiles para los autores*.

Trabajaba en esa editorial desde hacía unos años y, desde entonces, me habían asignado varios encargos. Uno de ellos consistía en leer resmas de manuscritos en formato impreso – el editor mostraba preferencia por seguir, como en otros tiempos, despilfarrando papel, en lugar de hacer un buen uso de la tecnología de la cual disponemos – y seleccionarlos para la publicación.

Eché una mirada fugaz en dirección a la ventana. Caían unos míseros copos de nieve. Aquel paisaje, sin duda, transmitía una sensación de escalofrío. Después me apresté a examinar la segunda parte de un manuscrito cuya lectura había comenzado la tarde anterior.

Se trataba, como ya había podido constatar, de una suerte de autobiografía. El autor, en esencia, se había servido de una historia inventada por él con el fin de poder instilarle diversos elementos que no eran más que segmentos reales de su existencia pasada. El personaje principal era un hombre que había pasado los cuarenta, divorciado, el cual diez años atrás había perdido a uno de sus hijos. La primera parte del manuscrito se centraba en la descripción de la inesperada muerte del hijo y la consiguiente desesperación del protagonista. La segunda, en cambio, se desviaba hacia la narración de la prosecución de la vida del padre, de su divorcio, de los problemas económicos y espirituales a los que tuvo que hacer frente y, por supuesto, de su convivencia con el recuerdo de su vástago perdido. Estaba de sobremano evidente que se trataba de un manuscrito redactado no tanto para conmemorar o rememorar el pasado, sino más bien para arrojar luz sobre la “fortaleza” física y espiritual – desde mi punto de vista, el autor ni siquiera conseguía disociar la una de la otra – del protagonista. El escritor justificaba y se autocontemplaba por el éxito que había obtenido en el transcurso de su vida. El párrafo al cual había echado el ojo empezaba así:

«Aquella noche, Lorenzo no había pegado ojo. Aguardaba el despuntar del alba agitado, como un condenado a muerte aguarda su ejecución. Lo único que conseguía oír era el latido acelerado de su propio corazón, el cual no le daba tregua. Al contrario, palpitaba cada vez con mayor vehemencia. En el hotel, tendido en la cama, se volvía ahora hacia un lado y ahora hacia el otro. Cualquiera, desconociendo que no se trataba más que de un momento de agitación, de frenesí, habría llegado a la conclusión de que estaba sumido en el delirio. El alba retrasaba su venida, se consumía en el deseo de hacerse aguardar – como si pretendiese invitarnos a reflexionar sobre la unicidad de los momentos que

vivirían ese día Lorenzo, su equipo (al que se encargaba de entrenar desde hacía cinco años) y el público.

Cuando, por fin, se vislumbró el primer rayo de luz en el horizonte, el entrenador se alzó y se asomó a la ventana. Allí, a lo lejos, se perfilaba el estadio donde esa misma tarde se disputaría la final del campeonato nacional. Lo contempló, durante largo rato. Aquel estadio le transmitía a Lorenzo una sensación de unicidad: no era un estadio cualquiera, aquellos edificios que lo rodeaban no eran edificios cualquiera, la aurora misma no era una cualquiera. Era aquella del campeonato nacional. Los primeros albores relucían con vigor, se inhalaba un aire puro, fresco, electrizante. (...)

Cuando ingresó a la cancha escoltado por su legendario equipo, advirtió que por fin había llegado el momento de la verdad, del juicio final. Se sentía a merced de la inquietud y la alegría, y por mucho que quizá hubiera deseado darse a la fuga, una voz interior le mandaba quedarse, que su destino estaba allí y se resolvería ese mismo día, rodeado por las plateas de ese mismo estadio. (...)

El destino fue benévolo con Lorenzo y coronó sus sueños: el campeonato fue suyo e indescriptible fue la alegría que experimentó el equipo entero. ¿Por qué razón uno entrena y se sacrifica durante miríadas de meses, de años? ¿O simplemente invierte toda su fuerza en preparar óptimamente a un equipo, se preguntan? Tal vez por la esperanza de oír algún día, en un lugar como ese, tocar el himno. Solo para ellos y para nadie más. Con toda una nación con la pantalla del televisor en sus rodillas, observándote, alabándote, dispuesta a reconocerte como su Dios. (...)

Lorenzo, en esos momentos, se sintió plenamente satisfecho, realizado, incluso ampliamente orgulloso de sí mismo y de sus “colegas”, quienes acababan de cincelar sus nombres en la historia del fútbol. Pero, por encima de cualquier otra cosa, el entrenador se sentía próspero y verduoso pues, no obstante que el destino le había puesto a prueba – es suficiente recordar la pérdida de un hijo primero, el divorcio luego, los diversos cambios de equipo y las subsiguientes incertidumbres económicas, y así sucesivamente –, por fin había conseguido dar rienda suelta a su “yo” y había demostrado lo que realmente valía, de qué fuerza de voluntad y carácter podía presumir.

Es un dicho común que no importa lo resiliente que uno consiga ser en circunstancias óptimas – eso no tiene valor alguno –, sino que cuán lo sea ante la desgracia, cuánto sea uno capaz de levantarse tras cada derrumbe. Lorenzo era un ejemplo en este

sentido. A pesar de la pérdida de su más querido hijo, había conseguido sobreponerse al dolor que le impedía edificar la continuación de su vida y demostrar que era un individuo fuerte, capaz de soportar y aceptar incluso los aspectos más trágicos de la existencia. Y, en aquel momento, Lorenzo se regocijaba de sus propios éxitos. Quizá no tanto porque deseara demostrarse a sí mismo que era una persona resiliente, sino más bien porque se consumaba por probárselo a su hijo fallecido, de modo que pudiera sentirse orgulloso de su padre. Era una especie de pacto que había sellado con él, el tener que demostrarle ser un padre intrépido, para que pudiera sentirse digno y repleto de admiración hacia él. De hecho, cada vez que su equipo lograba un buen resultado, a Lorenzo ni siquiera se le pasaba por la mente la idea de que pudiera olvidarse de dedicar la victoria a su hijo. Al vencer, sentía que se complacía a sí mismo, pero, sobre todo, a él – a lo que le había sido más querido durante todo el transcurso de su existencia. Sentía, asimismo, que dedicar sus triunfos – o, en términos más generales, su vida – a su vástago fallecido era una forma de compartirlos con él y de sentir su cercanía. Tenía la impresión de que, a pesar de su manifiesta ausencia física, el hijo le estuviera acompañando en su periplo existencial y, a la vez, se enorgulleciera de sus “obras”. (...)

Aquel día, cuando Lorenzo se confió durante una entrevista, no pudo evitar pronunciar las siguientes palabras: “Muchos son los que afirman o que no creen que exista algo después de la muerte. Yo les digo, les aseguro, les garantizo, que las personas que nos son queridas, que hoy en día ya no están con nosotros, no las hemos perdido realmente, y la pena que nos produce su injusta desaparición nos mantiene conectados a ellos, nos consuela, nos reconforta. Yo hablo a diario con uno de mis hijos que, por desgracia, se ha apagado. Él está conmigo. A él se le permite algo especial: permanecer siempre cerca de mí. De hecho, es precisamente por eso por lo que yo, hoy aquí, deseo dedicar esta inolvidable victoria a Gerardo, ¡mi amadísimo hijo!” y fue entonces que al entrenador, al rememorar momentos gratos vividos con el hijo, al sentirse tan eternamente conectado a él, se le colmaron los ojos de lágrimas por la emoción.»

De forma apresurada, en la mañana terminé de leer la segunda parte de esa autobiografía – el núcleo de la novela, en todo caso, ya se había intuido desde hacía tiempo cuál era. Página tras página, me daba cuenta de lo distraído que estaba y de que no prestaba atención a mi trabajo, de cuanto no conseguía apreciar aquel manuscrito que, por divina desgracia, había caído en mis manos. Había que reconocer que se trataba de una obra

dignamente redactada en cuanto a estilo y lenguaje, era una conmixción de narración autobiográfica y de invitación a la reflexión. El autor, además, había conseguido dar cuerpo a una historia de rasgos envolventes y, según los estándares a los que estábamos acostumbrados, capaz de cautivar al lector. Desde el punto de vista del contenido, de lo que pretendía comunicar, sin embargo, me resultaba desoladora y, por añadidura, hasta tediosa. Mi opinión, en cualquier caso, no contaba gran cosa. Era, por tanto, mi deber hacer llegar ese trabajo a la redacción para que procediera a presentar al autor un contrato de publicación.

Coloqué el manuscrito en un lado del escritorio y dejé una nota relativa a la frase que sugería para la portada. Había optado por el siguiente fragmento de manuscrito: "Pensé en ti con amor, hoy, pero eso no es ninguna novedad, pensé en ti, ayer, y todos los días pasados. Pienso en ti en silencio, a menudo pronuncio tu nombre, todo lo que poseo son recuerdos y tu foto en un marco. Tu recuerdo es mi recuerdo, del que nunca me separaré". Al mísero lector medio semejante frase, conmovedora y, al mismo tiempo, insignificante, le hubiera enternecido. O, en todo caso, por mucho que no se hubiera dejado apiadar, ante una aserción tal habría sin duda fingido y disimulado que estaba conmovido.

Empecé la lectura del siguiente manuscrito que nos había sido enviado con la esperanza de que fuera ligeramente más sustancioso que el anterior y no se tratara de una mera disipación de tiempo. Eran aquellos los meses del año en que teníamos abierta la convocatoria para la publicación de nuevos manuscritos, de ahí que hubiese a raudales. Evidentemente, todos se sentían inspirados, se habían entregado a la escritura y nosotros nos hallábamos repletos de trabajo. Justo cuando me aprestaba a leer, escuché sonar mi teléfono y, dada la ausencia de otras personas en mi proximidad, contesté.

«Adriano, tenemos que hablar, es urgente. Me estoy consumiendo, no logro darme paz.»

«Sí, comprendo» repliqué, ligeramente ofuscado por aquella llamada. Entonces procuré tranquilizarla: «Intenta mantener la calma, tienes que dejar de obsesionarte. En mi ausencia te atormentas constantemente, no puedes continuar así. Te perjudicas a ti misma, y por si fuera poco a mí también. Si seguimos así, los dos acabaremos volviéndonos locos, ¿estamos?»

Giovanna respondió:

«¿Cómo puedo remediar el hecho de que soy una persona que se obsesiona? Esto solo demuestra que me preocupo por los demás más de lo normal, porque me importan. De veras que no comprendo cómo puedes no comprenderme. Se trata de algo tan espontáneo, genuino. Me inquieto, y cuando no conseguimos ser felices, deseo hacer todo lo necesario para que podamos serlo.»

«Sí, me doy cuenta, cómo no iba a saberlo. Así es como eres de carácter y no hay manera de disuadirte de tus ideas opresivas. Conversamos de esto durante una hora esta mañana antes de desayunar, estoy exhausto, hablamos en otro momento, ¿te parece? Además, te aseguro que, mientras tanto, si intentas serenarte y distraerte concentrándote en tu trabajo, interponiendo un poco de distancia entre nosotros, los dos nos beneficiaremos.»

«Hacerte caso a ti... Te he escuchado varias veces, aunque no tuviera confianza en tus discursos, y estos son los resultados. Estamos mal, constantemente, cada vez más alejados, entre nosotros se ha interpuesto una distancia infranqueable. ¿De verdad vas a perseverar en esta gélida indiferencia tuya, en lugar de detenerte y buscar una solución cuanto antes?» me dijo, en un tono agitado, típico de una persona histérica que tiene un pensamiento fijo en la cabeza desde hace tiempo.

«Te imploro que pares. Tus métodos son superfluos por igual que los míos. Afirmas que se puede resolver cualquier cosa conversando hasta que sobrevenga el sueño y sucumbamos, y que a la mañana siguiente todo esté aclarado y olvidado, mientras que no es así en absoluto» contesté con una postración que me recorría en cuerpo y alma, que procedía del hecho de que era consciente de haberle reiterado aquellas palabras una caterva de veces, y asimismo consciente de que nunca habían surtido efecto en ella. Era una muchacha testaruda. En este aspecto, lo admito, nos asemejábamos bastante.

Ella siguió recriminándome:

«El problema es que huyes, anhelas procrastinar constantemente cualquier conversación, cualquier problema, y eso es lo que más me tortura, literalmente. Esta larga espera, innecesaria.»

La verdad no era que eludiera los problemas. Simplemente deseaba mantenerme apartado de todo el mundo, sufrir a solas, porque estaba persuadido de que nadie podría hacer nada para aliviar aquella desolación mía. Giovanna, sin embargo, no estaba dispuesta a aceptarlo y se obstinaba en que los problemas debían resolverse juntos. Deseaba imponer su fuerza.

Le contesté con frialdad:

«Lo hablamos en casa, hazme la cortesía de pensar en tu trabajo ahora. Nos vemos luego.»

Me preguntó, en conclusión, a qué hora podríamos retomar nuestra conversación en persona. Le respondí evasivamente, ya que no consideraba especialmente relevante establecer un horario para continuar nuestras discusiones. De todas formas, no podríamos haber estado en una situación peor. Sus discursos no hacían más que infundirme una sensación de opresión de la que hubiera querido desprenderme, no ambicionaba nada más que la soledad.

Volví a dedicarme a mi trabajo hasta la hora de almorzar. Luego, al salir de mi despacho, me tropecé con nuestro director que me retuvo y se puso a hablarme de ciertos asuntos de trabajo, se quejó de una de sus empleadas y finalmente, como no solía regresar a casa durante su pausa del mediodía, me propuso que tomáramos un café juntos. Frente a su insistencia, me resultó difícil negarme. Aproveché entonces la ocasión para comentarle mi perplejidad acerca del manuscrito concerniente al entrenador que había perdido al hijo predilecto.

«¿Cuál es el límite más allá del cual no se debería hacer concesiones?» pregunté distraído, como si estuviera hablando solo, absorto en mis pensamientos.

«¿De qué estás hablando?» replicó el director.

«Acerca de los libros que seleccionamos para la publicación, supongo.»

«Sigo sin entender» insistió él.

«Tienes razón, me explico pésimamente. Últimamente, todos me reprochan ser ambiguo y no saber expresar lo que pienso» me concedí una pausa, miré a mi alrededor procurando recoger mis pensamientos. Luego continué: «Esta mañana terminé de revisar un libro, una de las propuestas de manuscrito para la publicación que nos llegaron. Se titula *La Resiliencia*.»

«¿La qué?» soltó él intrigado, frunciendo la frente.

«La fortaleza de una persona, significa.»

Poco después, como regresando de otro planeta y volviendo por fin en sí, aseguró que había comprendido enseguida a qué manuscrito se refería. Reaccionó a su distracción y observó: «Ah, claro, se trata de esa novela que nos sobrevino el otro día, me la entregó personalmente el mismo autor» profirió sonriendo levemente. Después concluyó,

seriamente, con un tono de voz más grave de lo habitual: «Se trata de una persona importante: el autor es un entrenador encumbrado. Considero que hemos sido realmente afortunados al haber llegado a nuestras manos una obra así.»

Se quedó callado unos instantes, luego me preguntó:

«¿Ya la leíste, intuyo?»

«Sí, terminé la primera lectura esta mañana.»

«Lamento no haberte avisado antes» dijo, fingiendo estar apenado «ya se sabía desde el principio que íbamos a aprobar esa obra. Por lo tanto, hubieras podido pasar directamente a la corrección de los errores ortográficos y estilísticos.»

«No te preocupes. De todos modos, no se trata de eso.»

¿Y de qué, entonces? ¿Ocurre algo?» luego concluyó con ironía: «¿Tienes alguna queja que dirigirme?»

«Nada de todo esto. Simplemente reflexionaba sobre cuál podría ser el sentido de publicar una obra de contenido escaso, rayando en lo ridículo. En *La resiliencia* el autor se encarga principalmente de apuntar los reflectores hacia sí mismo y, moviendo a compasión a los lectores narrándoles la historia de la pérdida de su hijo, aprovecha la oportunidad fortuita para hacer alarde de sus propios logros. Todas las obras que publicamos deberían tener un límite. ¿No crees?»

«En realidad, siento que no soy capaz de responderte. Nosotros nos basamos principalmente en lo que el lector desea leer y, en función de eso, enviamos a imprenta una determinada cantidad de libros al año.» No creo que sea necesario combatir la estupidez del ser humano: no es tarea nuestra. Si el lector desea encontrarse con un libro de recetas de cocina en la mano, ¿acaso deberíamos oponernos? Si anhela disponer de un libro de geometría ilustrada en lugar de un manual de pura teoría y fórmulas, ¿estaría mal satisfacerlo? ¿Será obligando a los individuos a leer escritos éticos que el género humano florecerá y madurará?» soltó una risita y me lanzó una mirada irónica, como invitándome a intentar contrastar mi ingenuidad.

«¿Es entonces correcto dejar que la humanidad se amortigüe cada vez más?» pregunté en respuesta.

Y la única verdad es que me sentí extraño al pronunciar dicha frase, puesto que yo mismo había desistido de creer en la humanidad y me resultaba totalmente indiferente. ¿Cómo es posible entonces que, a pesar de que no deseara oír nada más sobre ella, no

pudiera, sin embargo, dejar de estremecerme? Probaba la sensación de que me estuviera metiendo en una situación que no me concernía. Así y todo, me daba perfecta cuenta de que si hubiera tenido la facultad de decidir y hubiera sido idealmente posible, solo hubiera publicado libros de contenido digno, que invitaran a la reflexión, y al mismo tiempo sentía que si la humanidad se afanaba por retroceder mentalmente, día tras día, eso no era asunto mío, que incluso me resultaba altamente indiferente. Y que, en definitiva, si hubiera publicado solamente manuscritos de contenido decoroso, hubiera sido más para complacerme a mí mismo, y no tanto para desvelarme para que la sociedad progresara. Sea como fuere, el editor me respondió:

«Si el planeta Tierra no desea elevarse, lo más estúpido que podría ocurrirnos sería lo de inducirle a fingir ser lo que no es, o encaminarle hacia un destino que no es el suyo.»

Al cabo de esa sucinta conversación, pronto me di cuenta – como, en el fondo, era de esperar, ya que le conocía desde hacía tiempo – que mi director no deseaba complicarse la vida ni formularse preguntas incómodas. Si las personas le solicitaban tal producto, él mismo se hubiera personalmente encargado de entregar la mercancía ordenada – exactamente como cuando pedimos algo en los Fast Food. En ello no veía nada malo, pues conseguía circunscribir todo el asunto a una actividad económica (que, por supuesto, no contemplaba la implicación del alma) y sentía que el aspecto laboral probablemente no tenía nada que ver con su vida personal y su esencia. Le parecía algo apartado, a desempeñar, a continuar manteniéndolo con vida con desenvoltura, nada más.

Al poco tiempo, recuerdo que llegué a cuestionarme si existía una diferencia titánica entre él y yo. O si, en el fondo, éramos personas afines. Tal vez, él consideraba su trabajo al igual que una actividad comercial, yo, en su lugar, le habría conferido el valor de algo que forma parte de mi vida, a llevar adelante con conocimiento de causa, y no lo habría considerado como una mera actividad con fines puramente lucrativos. Desde este punto de vista, éramos definitivamente personas disímiles. Aun así, ambos nos sentíamos invadidos por la misma sensación de indiferencia hacia todo, hacia todos. En aquel momento, me sentía totalmente seguro de que jamás en mi vida podría llegar a ser una persona como mi director, pero ¿acaso tenía razón en afirmarlo?

Terminada la pausa del mediodía, regresé a mi despacho y, ya a punto de proseguir con el resto de mi jornada laboral, me percaté de que Giovanna había intentado ponerse en contacto conmigo, y por si fuera poco de forma relativamente insistente, porque había

recibido varias llamadas perdidas, una tras otra. Reconozco que no me quedé excesivamente extrañado: no era la primera vez que se dejaba llevar por lo que solíamos denominar “la obsesión” y el deseo de encontrar una solución sin interposiciones, para luego, inmediatamente después, exhalar un suspiro de alivio y pensar en otras cosas. Como de costumbre, ante semejante insistencia, no pude evitar sentir una sensación de opresión, de asfixia, que se abatía sobre mí. Traté, con todo, de mantener la cabeza fría y me resolví a llamarla.

«¿Qué ocurre? En el lapso de media hora me han llamado doscientas llamadas» dije, con un ligero tono de reproche e impregnado de falsedad, pues conocía perfectamente el motivo de su aprensión y me sentía totalmente incapaz de ayudarla.

«Tenía necesidad de hablar contigo. El caso es que no soporto más seguir esperando, abandonamos constantemente nuestras conversaciones en el medio. Nos echamos a hablar y al cabo de media hora siempre hay algo que nos interrumpe: un amigo, un familiar, el trabajo, un compromiso o cualquier otra cosa que se nos pueda ocurrir. ¿Comprendes que seguir así equivale a una tortura?» pronunció en un tono lleno de angustia. Luego, tratando de controlarse, me hizo prometerle que continuaríamos nuestras conversaciones esa noche, después de que hubiera ido a visitar a su hermana.

Salí de la editorial unas horas más tarde. Me puse a caminar por el centro, sin saber exactamente hacia dónde me estaba dirigiendo. No deseaba regresar a casa, sentía la necesidad de alejarme aún más de todo, y abandonarme a mi soledad caminando entre esas paredes de cemento. A su vez, en la lejanía, las montañas transmitían la consabida sensación de inmovilidad – de aquel lugar nunca nos largaríamos, nunca nos evadiríamos de nuestros “yo”, de nuestras conciencias, y permaneceríamos a parar allí, sin tener nunca la oportunidad de separarnos de aquella cadena montañosa que nos circunscribía. Era una perspectiva cruda, difícil de aceptar, y con desaliento me daba plenamente cuenta: siempre íbamos a ser los mismos. En un determinado momento, escuché a alguien exclamar:

«Adriano!»

Era mi hermano. Después de todo, ¿de quién más habría podido tratarse? En la ciudad me relacionaba con un grupo verdaderamente exiguo de personas. Iba acompañado de Endrina, su novia.

«Hacía varias semanas que no se te veía. ¡Tú definitivamente nos rehúyes!» empezó a decirme ella.

«¿Yo los rehúyo? ¡Son ustedes los que me rehúyen a mí!» contesté ironizando y fingiendo estar relativamente contento de toparme con aquella compañía que me era familiar. Nos saludamos. Inmediatamente me invitaron a quedarme a cenar con ellos, y yo, por una cuestión de cortesía, no consideré necesario negarme. Por añadidura, esa noche Giovanna tenía que ir a visitar a su hermana.

Endrina y Bruno llevaban juntos varios años. Yo conocía a la novia de mi hermano relativamente bien, siempre se había dedicado con extrema dedicación a la biología, y por lo general era modesta y reservada. En presencia de otras personas, en efecto, rara vez hablaba de sí misma con vanagloria.

Las luces de Navidad resplandecían en las paredes de las casas, sin embargo, me sentía a merced de la oscuridad de aquellas calles, indiferente a todo, y lo único que conseguía darme la semblanza de seguir vivo era la remembranza de Marcello y el tiempo que le había dedicado. Fue en esos momentos que afloró a mi memoria el recuerdo de una jornada del instituto en la que estaba sentado junto a mi amigo. Asistíamos a una clase de literatura. A una compañera de clase le habían pedido que leyera un fragmento de una obra moderna que narraba la infatuación del protagonista por una joven de su pueblo. Decía algo semejante (aunque no recuerdo con exactitud las palabras): *Si bien era plenamente sabedor de que lo esencial era que su predilecta fuera inteligente, fuerte, y simpática, era asimismo consciente de lo común que era en su país dejarse conmover por la belleza física de una muchacha, por una sonrisa, por una mirada. Y, puesto que esta práctica era tan practicada por todos, no probaba pudor alguno en haberse rebajado él también al nivel de sus paisanos. Al contrario, se sentía orgulloso y, sobre todo, aliviado: la justificación de que las personas que le rodeaban estaban vacías, era su salvación, su felicidad, su asidero de importancia capital que le permitía no mostrarse excesivamente sabio en todos los contextos de su existencia.*

Guardo recuerdo del rostro de Marcello teñido de ironía, con una levísima sonrisa sarcástica y la mirada que, de cuando en cuando, me dirigía mientras prestábamos oídos a nuestra compañera. La “preocupación” consistía en que la estudiante perseveraba leyendo aquel texto con gravedad, en tono sostenido, pronunciando cuidadosamente las palabras una a una, como si se tratara de un texto profundo, de un determinado valor. En su ingenuidad, no conseguía advertir que estaba otorgando a aquel fútil escrito un mérito inexistente, que evidentemente no poseía. Marcello se ahogaba en risas.

Más tarde, traje a la memoria otros episodios de aquellos tiempos lejanos en los que compartía la mayor parte de mis jornadas con mi amigo. Desde entonces ya habían transcurrido más de diez años. Marcello siempre se había mostrado amigo mío, hasta había perdonado a Giovanna por dejarle y enamorarse de mí. A mí, igualmente, me las había perdonado todas. “¿Por qué nos dejaste tan pronto?” meditaba entre mí.

Endrina, entre tanto, seguía contándome cosas de poca cuenta, y yo asentía de tanto en tanto, a pesar de que me encontraba literalmente inmerso en mis recuerdos y no consiguiera prestar atención a ninguna palabra que me pudieran dirigir. Poco más tarde, ante el viento helado que arreciaba a cada minuto nos apresuramos hacia casa de ellos.

Mi hermano tenía entonces treinta años, dos más que yo. El departamento en el que vivía junto con su novia estaba caracterizado por una decoración sencilla y minimalista, el mobiliario de color oscuro, el ambiente carente de luminosidad. Entramos y colgamos nuestros abrigos y prendas varias que nos resguardaban del frío, a continuación nos dispusimos a sentarnos en los sofás del salón.

La novia, al poco rato, se fue a tomar una ducha. Me quedé, por tanto, a solas con mi hermano. Bruno tomó distraídamente un periódico en la mano, yo, en cambio, no pensaba en otra cosa que en descansar durante unos instantes. Miré a mi alrededor, divisé en un estante no muy lejos de mí una foto en un marco que no recordaba haber visto antes en aquel lugar: éramos Bruno, Marcello y yo.

«¿Cuándo enmarcaste esa foto?» le pregunté.

«Hace algún tiempo. La recuperé unos meses atrás en un viejo cajón, cuando nos estábamos trasladando y estábamos a punto de instalarnos aquí. Me pareció oportuno aprovechar la ocasión para exhumarla y hacerle justicia enmarcándola y preservándola allí, en esa estantería. Al fin y al cabo, este departamento es propiedad de los familiares de Marcello: fueron realmente muy amables al ponerse de acuerdo con nosotros y al dejárnoslo. La ubicación de la vivienda es excelente, céntrica y silenciosa.»

«Comprendo» respondí, con una sensación de vacío que me envolvía.

«Ese otro marco de al lado, en cambio, aún está vacío porque lo compramos hace unas semanas. El día de nuestra boda nos valdremos de ello para colocar una foto nuestra.»

Permanecimos algunos minutos en silencio. Reflexionaba entre mí, Bruno, mientras tanto, pensaba en qué tema de conversación tratar conmigo, o tal vez, más sencillamente, se

preguntaba sobre qué estaba reflexionando yo. De repente, empezó a decir, casi tomándome por sorpresa:

«Nunca te recuperaste de la muerte de nuestro amigo.»

Intenté “asimilar” aquella observación de mi hermano y durante unos instantes guardé silencio. A continuación, quizá porque no conseguía resolverme qué objetar, Bruno añadió: «¿Acaso tiene sentido tanto sufrimiento? ¿A quién le resulta útil?»

«A mí mismo, supongo» observé finalmente.

«¿A ti mismo? ¿Por casualidad estás orgulloso de tu comportamiento? ¿De no ser capaz de superar un luto, de sumirte en el desaliento y de no conseguir continuar con tu vida a fin de realizar obras dignas de ti?»

Sacudí la cabeza, incierto sobre cómo proseguir la conversación. Entonces dije:

«¿Cómo puedo remediar si el dolor me invade, debería acaso tratar de oponer resistencia? Si reflexionas, esta aflicción no es más que un espejo del pasado, de cuando podía presumir de ser feliz. Y no me parecería correcto sustraerme a este “pacto” o, en otros términos, a mi conciencia.»

«Sí, en mi parecer deberías intentar rehusar este sufrimiento y permitirte respirar, volver a vivir. Tienes que aprender a convivir con el pasado – sin olvidarlo, naturalmente – y encontrar la manera de seguir por tu camino. Es necesario que te encomiendes al futuro, a la certeza de que te traerá nuevas alegrías, sería injusto privarse de ellas. Además, aún te quedan muchas cosas: tu familia, tus amigos, tus actividades, lo que te apasiona, todo lo que solías vivir en tu vida diaria. Lo que quiero subrayar es que tu vida siempre la has tenido – antes de conocer a Marcello, cuando eras su amigo, y todavía la tienes –, no hay razón para no seguir teniéndola y viviéndola.»

Bruno siempre había atribuido gran importancia a su cotidianidad, la cual contribuía a construir su felicidad. Descubría un cierto porcentaje de satisfacción en una actividad, otra en su familia, en su novia... Y, aunque cuando hubiera perdido una de estas “actividades”, su felicidad ciertamente no habría corrido el riesgo de esfumarse, al contrario, no habría sido arduo volver a divisarla en lo que quedaría, en otros recorridos paralelos, y desvelarse por elevarla nuevamente, como antes.

Depositar importancia en la cotidianidad, o hasta intentar cambiar mi rutina con el propósito de tornarla más cautivante, sin embargo, me resultaba mezquino (en efecto, tras la muerte de Marcello, no había cambiado nada – seguía trabajando y realizando mis

actividades habituales con desinterés, solo mi estado de ánimo había radicalmente cambiado). Por otra parte, ¿no habría sido absurdo tratar de ilusionarse con que pudiera existir un vínculo entre las actividades cotidianas y una persona muerta? Acaso, ¿no era el afecto algo que habría debido situarse por encima de cualquier otra cosa del vivir cotidiano? No obstante, Bruno pensaba de forma disímil a la mía, ya que el artificio de concentrarse o incluso cambiar la cotidianidad era para él algo ético, y habría considerado inútil impedirse de llevarla adelante, renunciar a prestarle atención, puesto que percibía todo de forma desunida, como un conjunto de varias esferas que no interferían entre sí.

«Claro, aunque también es cierto que si tras una desgracia me centrara en lo que me queda, o en cosas positivas, mi amistad no hubiera valido de mucho. ¿No crees? ¿Qué valor adquiriría el dolor perteneciente al pasado si resolviera comportarme de este modo? ¿Cómo podría existir el concepto de penas que se entremezcla con el de las alegrías? ¿Tan seguro estás de que el futuro no puede tener repercusiones en el pasado?» repliqué.

«¿Será que uno no tiene derecho a sentirse feliz durante años, para luego, superada una desgracia, retomar las riendas de su vida y volver a sentirse feliz por otros motivos? O, ¿acaso está mal intentar mitigar estas sacudidas que la vida te da?» hizo una pausa «Hablando en términos prácticos, si en un momento de tu vida estuviste muy cercano a Marcello, eso nunca se te arrebatará, nunca se desvanecerá, independientemente de lo que pueda ocurrirte después, en el futuro, posteriormente a su muerte.»

Permanecimos en silencio varios instantes. Luego mi hermano, ligeramente cáustico, reanudó la conversación:

«La vida siempre continúa, con los minutos del reloj, y tú no puedes desprenderte de ellos. Es preciso que te conformes con el tiempo presente y que aprendas a entrelazar las distintas “épocas” de tu existencia, en caso contrario, te sumirás en la depresión.»

«Es evidente que la vida continúa y que es imposible detener los relojes. Me pregunto, de todas formas, ¿qué relevancia debería tener todo esto para mí? El hecho de que las manecillas hayan avanzado este año no equivale a que mi vida haya seguido adelante» seguidamente le hice notar: «Al hacerlo, estás eludiendo el presente y, junto con el tiempo de los relojes, no haces más que atrincherarte a más no poder en el futuro, en una época inexistente, ficticia, en las venideras alegrías y desdichas a las que la vida nos ha destinado.

Finalmente añadí: «Además, cuando discurrimos sobre este tema, tengo la impresión de que tiendes a conferir demasiada importancia al estado emocional de una

persona. Pero tienes que tener presente que no soy un individuo que se preocupe por eso» reflexioné, y luego concluí: «Solo me interesa lo que reside en la base de la pirámide: quiénes somos, quiénes deseamos ser, las elecciones que efectuamos. Si luego ellas nos traen felicidad o tristeza, no le doy importancia, pues no son más que reverberaciones de nuestras conciencias.»

Bruno no añadió nada más, se levantó del sofá y se dirigió a la mesa. Era innegable que no había manera de encontrar un punto de comprensión y se limitaba, de cuando en cuando, a echarme miradas rebosantes de incomodidad y de mediocridad.

Tenía claro que, para Bruno, la vida valía la pena ser vivida, siempre tenía algo positivo para ofrecer, y era necesario esforzarse para conferirle un significado. Se había infatuado de ella, y había permitido que se convirtiera en su único valor, y yo me preguntaba con consternación: “¿Cómo pudo sacrificar todo el resto en nombre de ella, y cómo no darse cuenta de hasta qué punto su comportamiento irrumpía en lo mezquino?”.

Además, reflexionaba, si había aceptado el don de la vida, habría tenido que aceptar tanto las alegrías como los sufrimientos. Estos últimos, no obstante, tenía la ilusión de aceptarlos, y privilegiaba tener un tremendo autocontrol sobre su vida: nunca se había dejado llevar por lo que realmente sentía, más allá de cierto límite y de cierto lapso de tiempo, no tenía sentido afligirse, era innecesario, y cualquier cambio, por mucho que negara ser así, no lo habría afrontado, sino que lo habría rechazado y habría pensado en su “supervivencia”.

Me daba cuenta de que lo que había mudado para mi hermano era la ausencia física de Marcello, no se trataba ciertamente de un cambio que le hubiera obligado a cambiar de veras, interiormente: el presente de Bruno perseveraba siendo tal cual su pasado y su futuro, y de nuestro amigo no le habían quedado más que reminiscencias, que se habían quedado marcadas en su memoria y que podría “hojear”. Yo, a mi vez, un cambio, solo era capaz de concebirlo desde un punto de vista interior, espiritual.

Antes de que nos aprestáramos a preparar la cena, Bruno procuró decir unas palabras de consuelo: «Supongo que por mucho que ahora te sientas desorientado, en medio del desconcierto, tarde o temprano el sufrimiento menguará. El tiempo sana las heridas, apacigua el dolor, esta es una realidad bien conocida y siempre se puede contar con ello. Tú mismo te quedarás asombrado de los “milagros” de los que es capaz.»

En ese entonces no pude evitar pensar que por mucho que dejara transcurrir el tiempo, el pensamiento de la muerte de Marcello siempre me ocasionaría el mismo sufrimiento, y que eso era algo imposible de cambiar, a diferencia de una ola de un gráfico.

Durante la cena, la conversación se inclinó casualmente hacia los sueños – no tanto en la acepción de aspiraciones que un individuo puede preciarse a lo largo de su vida, sino más bien de los sueños terrenales, los que se tienen cuando uno se adormece. Fue Endrina la primera en contarnos un sueño insólito que había tenido esa noche.

«En la visión onírica, recuerdo que era una muchacha relativamente joven que había permanecido ciega desde hacía varios años. El problema, empero, era que estaba perdiendo cada vez más el recuerdo de la realidad y me estaba acostumbrando a soñar sin imágenes. Era angustioso, perturbador. Por ello, acudía a una psicóloga y trabajábamos juntas para tratar que mis sueños se aproximasen lo más posible a nuestra realidad visual. Llegaba a su despacho y le enseñaba los dibujos que había realizado. Hasta la misma psicóloga había representado, y le preguntaba: “¿Es así como eres? ¿Se asemeja mi dibujo a la realidad? Necesito que me proporciones la mayor cantidad posible de detalles relativos a tu apariencia.” La psicóloga me complacía amablemente y me procuraba dichas informaciones. En fin, son sueños realmente singulares.»

Bruno empezó a formular observaciones. Mientras tanto, a pesar de no prestar una atención desmesurada a todo lo que se pronunciaba, me fue inevitable detenerme a reflexionar sobre la visión onírica de Endrina. Me planteaba la siguiente pregunta: ¿no será una mera ilusión sostener que puedan existir sueños “verdaderos”? Y, ¿por qué razón, aunque se diera la posibilidad de elegir, se sentían todos inducidos a privilegiar un sueño con imágenes? ¿No será precisamente porque todos eran ciegos, que anhelaban ardientemente poseer esta última tipología de sueños, con apariencias? ¿Acaso Bruno, que se encontraba aquí enfrente mío, no era justo el típico ejemplo de la persona que, a pesar de haber recibido el don de la inteligencia, sentía el impelente deseo de deshacerse de ella y de derrocharla? ¿Habría tenido mi hermano, por casualidad, la osadía de escoger un sueño para ciegos, sin objetivos ni pilares en los que sustentarse?

A continuación de esas reflexiones, me detuve en cuestiones relacionadas directamente conmigo mismo. Me preguntaba: “Si realmente privilegian soñar un sueño con imágenes – al que, en mi mente, me salía natural acuñarle el nombre de “visión onírica en colores” –, ¿cómo pueden darse cuenta y comprender mi sufrimiento, mi tristeza, por el

paso de Marcello? Más que nada, darse cuenta. ¿Solo porque, en algunas ocasiones, tuvieron la impresión de que mi rostro estaba más apenado y me mostraba más serio de lo habitual, sacaron estas conclusiones? ¿Fue de esa mera exterioridad, apariencia, que deducían que no deseaba encontrar la fuerza para seguir siendo feliz, como en el pasado?”

En aquel momento, reconozco que pensé con profundo pesar que mi hermano hacía todo lo posible por no darse a conocer como quien realmente podría haber sido. Se obligaba a deshacerse de su brillantez, a arrojarla a los abismos, anhelaba a cualquier precio reprimirla, asesinarla. No me cabía duda con respecto a que pocos le habían conocido por quien podría haber sido y por lo que podría haber hecho, mientras que bastantes se habían limitado a aceptarle, a aprobarle e inclusive a admirarle o envidiarle por unos sencillos éxitos que había logrado en su vida cotidiana, práctica.

Finalmente, consiguiendo casi sorprenderme a mí mismo, consideré una última conjetura: “¿Y si, por el contrario, la culpa fuera enteramente mía? ¿Si en el fondo no era más que yo quien se negaba a aceptar que una persona pudiera encontrar su felicidad en un entorno distinto al que me resultaba habitual y por razones disímiles a las mías? La idea, sin embargo, de que Bruno podría haber sido una persona brillante, no me daba paz y, por eso, consideraba mi intransigencia, en cierto sentido, admisible, lícita.

Más tarde, fue Bruno quien deseó compartir con nosotros un sueño suyo reciente.

«Si he de ser sincero, no recuerdo el desarrollo del sueño en su totalidad, sin embargo...» rió levemente entre sí «Veo con nitidez que, en un determinado momento, comencé a revivir una situación que me ocurrió a una edad muy temprana. Adriano quizás lo afirmar» hizo una pausa luego siguió de manera expresiva: «Debía de tener unos cinco años, por aquel entonces aún estaba en la guardería. Me apasionaba coleccionar toda suerte de cartas y figuritas, algo muy típico en los niños de esa edad. Recuerdo que un día le quité una figurita a una compañera y, como es fácil figurarse, se airó y refirió lo ocurrido a la profesora. Esta nos llamó a ambos ante ella y dijo: “Puesto que no puedo saber a quién pertenece realmente la figurita, la partiré en dos y les daré una parte a cada uno de ustedes” y yo, que al igual que nuestra profesora tenía conocimiento de las vicisitudes del rey Salomón (un tío me las había contado) exclamé con tempestividad: “¡No, no, no tiene importancia, dásela a mi compañera!” A lo que la profesora, que a su vez había sido subyugada por mi “engaño”, decidió entregarme la figurita a mí» Bruno hizo una pausa y lanzó una mirada a Endrina, luego sentenció: «El acontecimiento es de escaso interés, sobra decirlo, pero me

resulta ameno, casi grotesco, porque inmediatamente después la profesora se apartó de nosotros con aire altivo, probablemente elogiándose a sí misma: “Lo buena que soy en haber engañado a unos niños de cinco años” Lo que quiero decir es que esa figurita desde luego que no era mía, a pesar de eso, conseguí apropiármela con brillantez» terminó la frase sacudiendo ligeramente la cabeza e intentando reprimir un estallido de risas que le asaltaba.

Yo me limité a pensar: “Es típico de Bruno tener estos sueños. Cuando tenía cinco años se sentía encantado de formar parte de la sociedad y siempre procuraba demostrarse como el más listo, más brillante e inteligente (a su manera). Ahora hace otro tanto. No ha cambiado en lo más mínimo.” Mientras mi hermano conversaba, era imposible que no trasluciera su tan característico ligero aire de superioridad y de desprecio hacia la mediocridad que, día tras día, le circunscribía, y no solamente, esto en efecto no era más que un reflejo de lo mucho que, en el fondo, no admiraba a su novia. No tanto en el sentido de experimentar un auténtico desprecio y sentirse molesto, sino más bien de ser consciente de que era más brillante que ella. De hecho, se mostraba sereno, alegre, y trataba de ser condescendiente.

Conmigo se comportaba de la misma manera: me trataba con esa misma especie de dulce engreimiento, característico de él. Cuando montaba en cólera, además, conseguía tratarme con frialdad, con distancia, fingiendo (quizá sin siquiera darse cuenta de estar fingiendo) considerarse superior, como deseando hacer todo lo posible por no admitir que, tal vez, en el fondo, sentía una ligera envidia hacia mí, por mi sensibilidad, por mi forma de razonar disímil a la suya o, tal vez, por mi libertad – bajo todos los aspectos. Sin lugar a dudas, era esta la desemejanza que más destacaba cuando se relacionaba y conversaba conmigo, más que con la mayor parte de sus conocidos o algunos de nuestros parientes.

En ese momento, reflexioné con pesar acerca de las numerosas ocasiones en las que había realizado vanos intentos de disuadir a Bruno de ese modo de comportarse, de relacionarse con temas importantes de la vida, de abandonar su deseo de tener todo lo que generalmente la mayoría de la gente tiene, y de querer sentirse un individuo brioso, resplandeciente, por el simple hecho de tener talento y conseguir hacer lo que todo el mundo es capaz de realizar, solo que con mayor ingenio, elegancia. “¿De dónde procedía tanto miedo, Bruno? ¿Es posible que nunca hubieras querido prestarme oídos y salir de tu pequeño mundo y forma de ver las cosas? ¿Por qué, a pesar de que eres una persona absolutamente en condiciones de razonar, has seguido siempre así, impertérrito?”

reflexionaba, dejando que una sensación de desesperación, de decepción tal vez, me invadiera.

Bruno prosiguió su discurso:

«De cualquier modo, esta anécdota relativa al rey Salomón no es sino un insignificante fragmento de mi pasado, que a veces vuelvo a recordar, pues siempre ha suscitado en mí hilaridad. De todas maneras...» hizo una pausa, quizá incierto sobre cómo expresarse «Los sueños de cuando se duerme, en el fondo, no me resultan especialmente interesantes. La mayoría de ellos los dejo caer en el olvido casi de inmediato, y no los vuelvo a recordar durante años, tal vez para siempre. Además, tienen muy poco que ver con los sueños de la vida real, es decir los únicos que poseen un valor real» dijo, sin dar la impresión de estar pronunciando un discurso especialmente profundo «En efecto, cuando me pregunten cuáles son mis sueños – en el sentido de cuáles son mis actuales aspiraciones – supongo que no podría prescindir de hablarles de mis objetivos.»

Endrina le intimó a precisar el significado de esa afirmación. Él continuó:

«Supongo que, en la existencia de un individuo, es indispensable fijarse objetivos. Esto consiste, antes que nada, en identificar actividades que realmente nos apasionen y puedan intrigarnos durante un prolijo lapso de horas cada día, para luego dedicarnos a ellas y encontrar la manera de realizar lo que nos hemos propuesto» dijo. A continuación nos explicó: «Yo, por ejemplo, en el momento actual, me consideraría una persona sumamente vacua si no fuera consciente de tener objetivos claros en mente y de tener la voluntad de llevarlos a cabo, día tras día. De no ser así (lo digo por experiencia), no podría sentirme satisfecho conmigo mismo, y tendría la impresión de ser una persona desprovista de contenido, inútil para mí y para los demás. Además, me invadiría una sensación de aburrimiento, vigorosa» concluyó.

A lo que su novia le hizo notar:

«Sí. Yo, al menos, soy consciente de que piensas así y no considero que te estés equivocando. No estoy segura, no obstante, de que esté correcto excederse en no saber aceptar el fracaso de los objetivos propuestos. No es difícil percatarse de que arrastras “éxitos negativos” del pasado y que, día tras otro, te espollean a dar lo mejor de ti mismo y te inducen a esforzarte por obtener resultados mejores» comenzó, luego agregó: «Eso, sin embargo, tengo la impresión de que te produce una aprensión excesiva. Sería como si minuto tras minuto te obligaras a ponerte a prueba, y sintieras constantemente el temor de

poder cometer un despropósito, de no saber si conseguirás o no llevar a cabo...» no terminó la oración.

Bruno dijo de inmediato:

«Sí, sin duda, eso me genera una especie de ansiedad persistente. Más que nada, además de que me cuesta al menos en parte aceptar mis fracasos pasados, asimismo me atormenta la idea de la incertidumbre, de no saber qué ocurrirá en el futuro, de no tener la certeza de que conseguiré lo que deseo, de no tenerlo todo bajo control» hizo una pausa, luego siguió dilucidándonos «En este momento, por ejemplo, estoy trabajando en la gestión de las instalaciones deportivas de nuestra ciudad, y me apremia poder llevar a cabo lo que nos hemos propuesto: la modernización y la ampliación de nuestro principal polideportivo. Es un proyecto complejo, al que he dedicado un sinfín de jornadas. Sería gratificante poder concretarlo.»

Endrina volvió a reiterar:

«De todas formas, aunque en un determinado momento de la vida no tengas éxito, por muy frustrante que sea, no hay razón para desesperarse, ya que lo más probable es que la siguiente vez consigas obtener un resultado más proficuo.»

«Es lo que espero. Realmente pocas personas me han apoyado y creído en mí. Mis padres, por ejemplo, siempre insistieron en que terminara la carrera de Derecho y me convirtiera en abogado, pero por extremadamente asfixiantes e inoportunas que me resultaran sus injerencias, nunca lograron disuadirme de aquello a lo que deseaba dedicarme, de querer actuar por mi cuenta» profirió, entonces concluyó: «En cualquier caso, en la medida de lo posible, será el caso de mantener la calma, puesto que lo esencial es tener objetivos y, cuando no tuviera éxito en este actual, me dedicaría a otra cosa, esperando tener más suerte en el futuro.»

«Así pues, ¿dedicarte a ampliar nuestras instalaciones deportivas es un sueño que podrías suplir con cualquier otro objetivo que pueda llamar tu atención?» pregunté.

«Sí, por supuesto. Entendámonos, no siempre es fácil encontrar actividades que realmente te entusiasmen, sin embargo, sí... Lo que importa es mantenerse ocupados desempeñando una ocupación gratificante. La dificultad, si acaso, consiste, como decía hace apenas un momento, en que cuando consigues un objetivo o, por el contrario, fracasas, tienes que pasar por momentos, días, meses tortuosos, en los que te asalta la inquietud de

sentirte vacío, “desocupado”. Y, mientras no divises el siguiente objetivo al que consagrarte, te derramas en la tristeza, en el abatimiento» concluyó mi hermano.

«De hecho, es intuitivo comprender que cuando uno alcanza un objetivo se siente feliz, no obstante, transcurrido un cierto lapso de tiempo, vuelve a sentirse insatisfecho, inactivo, inútil tal vez, y enseguida debe identificar otro. O, peor aún, cuando uno ni siquiera haya conseguido realizar su objetivo, se siente verdaderamente frustrado, y advierte la sensación de haber perdido el tiempo, o casi. Y de todas formas tiene que hacer otro tanto: seguir adelante e invertir su tiempo en otra cosa» culminó Endrina. Luego añadió sonriendo ligeramente, tal vez con una insinuación de admiración: «Bruno tiene que sentirse activo, de lo contrario se le cae el mundo encima.»

Él no tardó en confirmar:

«Así es, activo en la vida cotidiana, por así decirlo. Pues, naturalmente, las cosas que me son más queridas son Endrina y mi familia, o mis amigos. Ellos, desde luego, se encuentran en otro nivel. Si, por un lado práctico, me agrada “obsesionarme” con los objetivos, por el otro me apremia dedicarme a las personas que me interesan, a mis amigos. Y quizás, algún día, formar yo mismo una familia, porque ése también es un deseo que siempre he albergado. Siempre he sido una persona de carácter “familiar”.»

Lo que mi hermano acababa de afirmar no me había dejado maravillado, en lo absoluto. En el fondo, siempre lo había sabido, intuido. Tener hijos con Endrina habría sido el cumplimiento de sus sueños y el coronamiento de su filosofía de vida.

¿Qué habría quedado de Bruno si le hubieran removido sus objetivos, su felicidad práctica? ¿O si le hubieran llevado a Endrina y a sus amigos – lo que, según él decía, le importaba? ¿Habría seguido existiendo mi hermano o su esencia se habría disipado en la nada? ¿Qué era Bruno sin el público que le rodeaba y las actividades que realizaba, ambas desvelándose por quitarle el precioso tiempo de su existencia?

En esa circunstancia, pronuncié con ligera tristeza e ironía:

«Y cuando tus hijos sean adultos, ¿qué se supone que harás?»

Me contestó:

«Cuando mis hijos (si es que algún día los tuviera) hayan alcanzado cierta edad, supongo que será el momento de dedicarme a morir en paz y serenidad, junto a Endrina. No es casualidad que el refrán diga que “cuando el tejado de la casa está acabado, viene la muerte”.»

En ese momento, Endrina me interpeló:

«¿Y tú? Ha llegado tu turno, cuéntanos uno de tus sueños.»

Yo, un tanto desprevenido, consentí. Me tomé entonces un momento de reflexión, ya que sentía crecer en mí una sensación de desaliento, de desasosiego, debido a que no sabía qué contarles y a que, sobra decirlo, la petición de Endrina era fútil. Confieso que, por mucho que me considerara una persona de principios morales estables, “resilientes”, que rara vez los demás conseguían ponerme en dificultades y, por añadidura, impregnada de frialdad e indiferencia hacia todos, en aquel momento experimenté un cierto desconcierto. Persistí en ese estado hasta que se me vino a la mente la idea de inventar un sueño y, tras dirigir una célere mirada a Bruno, me puse a decir:

«Está bien, les voy a contar el mejor sueño de mi vida. Lo tuve hace algunos años y desde entonces ha quedado impreso en mi memoria como algo inenarrablemente bello. Soñaba que vagaba por un maravilloso bosque. No estaba solo, me hallaba en compañía de mi padre. Lo inusual que diferenciaba aquel sueño de todos los demás era que los árboles circundantes no tenían frutos, sino trompetas, y nosotros estábamos allí, resueltos a recogerlas. Recuerdo que agarraba una en la mano – de las trompetas – y soplabla. Ella, sin embargo, no hacía más que emitir un silbido estridente, de modo que me dirigía a mi padre y le comentaba: “Es evidente que aún no está madura. Será mejor que vayamos a buscar otras.” Era divertido y agradable encontrarme allí.»

Terminada mi breve narración, Endrina, riendo ligeramente, exclamó:

«Si bien es una persona un tanto fría, hay que reconocer que es creativo.»

Bruno igualmente no pudo contenerse de aseverar con ligera falsedad:

«Sí, Adriano, en efecto, parece un sueño realmente encantador.»

Poco más tarde, terminada la cena, nos dirigimos a por nuestros abrigo. Bruno y Endrina tenían planeado ir a ver una obra de teatro esa noche. Mi hermano nunca había sido una persona entusiasta de ir al teatro, conjeturé, por tanto, que se trataba de una idea de ella. Endrina, en efecto, siempre había tenido cierta inclinación por el teatro y, para “complacerla”, mi hermano o alguna amiga suya le hacían la gentileza de acompañarla, de simular un auténtico interés por dicha actividad recreativa.

Ese día, cuando regresé a casa, Giovanna no se había tranquilizado del todo. Al fin y al cabo, era de esperarlo. Intentó, sin embargo, – quizá movida por un arrebató de orgullo o de reserva – entablar una conversación sobria.

«Tengo la impresión de que ya no consigues apreciar la realidad con objetividad, es como si la muerte te hubiera causado una despercepción. Parece que todo aquello por lo que te esfuerzas – incluidas las personas con las que te relacionas – haya sido pasado a través de un filtro, el de la muerte de nuestro común amigo» empezó.

«Supongo que es inevitable, ¿no coincides?» pregunté a mi vez. «Cualquier cosa que ocurra, independientemente de si se trata de algo dichoso o funesto, altera nuestras vidas de manera resolutiva.»

«Pero, ¿por qué obligar a las personas de tu alrededor a aceptar las repercusiones? ¿Qué sentido tiene aplicar este filtro hacia todo el mundo? Tengo casi la impresión de que esta actitud, estas repercusiones sobre mí, son nada más que una forma de no “dejar ir” a Marcello.»

«No considero estar forzando a nadie, Giovanna. A la vez, no creo que puedas esperar mucho de mí en este frangente. Es como si exigieras algo que no puedo darte.»

«Yo, sin embargo, no pretendo tanto, no formo parte de quienes te imploran que te desprendas del pasado a fin de empezar a vivir con plenitud nuestro presente. Simplemente no apruebo esta frialdad hacia mí, que has empezado a adoptar a partir de la muerte de Marcello» enarcó ligeramente las cejas, un movimiento caracterizado por un ligero aire de superioridad, de pureza, del que, sin embargo, se filtraba una sensación de desesperación mal ocultada, de resentimiento.

Tras unos instantes de silencio, me apresté a explicarle: «Es evidente que cuando se trata de un acontecimiento feliz, nos ofrecemos todos a dejarnos contagiar por la alegría, cuando, en cambio, se trata de la muerte de alguien, nos angustia la idea de que las emociones negativas nos abrumen. Es extraño, ¿verdad? Por tal motivo, me mantengo lo más apartado posible de ti, con el fin de guardarme este dolor para mí sólo. No juzgo esta elección tan inapropiada.» Luego me resolví a añadir, ligeramente desalentado: «No soy capaz de prestar atención a los sentimientos ante el tema de la muerte (por mucho estos que hayan permanecido inalterados), porque siempre lo he considerado como algo que está por encima de todo, por lo que se ha de tener una profunda consideración, como por un principio moral del cual no se puede transgredir.»

«En esto concuerdo» replicó «No obstante, reputo absurdo acordar tanta importancia a un principio, pues este forma parte de una entidad mayor: de la moralidad de una persona, la cual es el resultado de la inteligencia y la sensibilidad de un individuo. Y el

hecho de ceñirse a respetar principios no es sino una consecuencia de una persona moral. Tu visión es demasiado restringida. Claro, tú defiendes tu moralidad alegando que estás haciendo lo correcto: has perdido a un amigo al que apreciabas mucho y, ahora, lo que procede es observar el luto. De una manera muy directa, casi metódica. Pero, por desgracia, hay diferencia entre un principio llevado adelante en la desesperación, al que te ases para no sucumbir, y otro que forma parte de la moralidad de una persona.»

Le contesté:

«No me considero un individuo fútil que presta atención a su propio sufrimiento o felicidad, o a merced de ellos, ya que he eternamente intentado basar mi existencia en conceptos morales, en algo que tuviera consistencia. Sin embargo, esto significa únicamente que en las elecciones que uno efectúa intenta seguir conceptos éticos, no equivale a hacer desaparecer la parte emocional de una persona, pues esta también existe.»

A continuación, guardamos silencio durante un tiempo prolongado.

Pensé entonces en el hecho de que si la vida de Giovanna había sido siempre tremendamente ordenada, ordenado también era su modo de concebir la moral de las personas, casi metódico, como si se hubiera basado únicamente en su frialdad, en la racionalidad. Una frialdad que ella misma, tenía la impresión, aborrecía, pero de la cual simplemente no podía librarse. De sus palabras, en efecto, me parecía que la vida le resultara una partida de ajedrez, y el tiempo del que disponíamos teníamos que transcurrirlo en intuir las siguientes jugadas del adversario, tratando de prever todos los posibles escenarios, procurando evitar a toda costa posibles conflictos irresolubles. No se daba cuenta, sin embargo, de que algo del estilo era inadmisibile cuando se trataba de la pérdida de un ser querido, por la simple razón de que el ser humano es tremendamente emotivo y la expresión que solía pronunciar “es la racionalidad la que timonea la vida” carecía de sentido.

«Si bien la muerte, indudablemente, nos sustrae lo que nos es más querido, nos enturbia la mente, nos deja desarmados, a la vez nos devuelve a lo que nos resulta máspreciado. Y cuando la vida se funde con la muerte, aunque sea una ardua tarea, nos corresponde llevarla adelante» comenzó nuevamente a predicar Giovanna. No podemos ciertamente permitirnos pasar el tiempo resignados a rumiar un pasado ideal, abandonarnos a nosotros mismos, y, por mucho que sea justo experimentar dolor y no resignarse a fáciles consolaciones, la vida ha de vivirse, imponiéndole un curso predeterminado.»

«Sin embargo, en mi caso, desde la pérdida de Marcello, mi existencia ha venido a coincidir con su muerte. No es correcto afirmar que esta se ha fundido con la vida, de hecho, tengo la impresión de que desde hace ya algún tiempo no hay vida. ¿Comprendes?»

«Afirmar que no hay vida, me temo que es un pretexto, una excusa» y luego agregó «Se comprende que no se trata de olvidar a Marcello, de tener una sensibilidad limitada, o de cinismo, sino más bien de reconocer algo que domina por encima de todo, una obligación.»

«La obligación de la vida, como un principio, ¿correcto?» le pedí confirmación.

«Por supuesto» asintió, convencida.

Personalmente, no conseguía concebir la “obligación de vivir”, y me parecía curioso conferirle esa importancia de ser vivida, puesto que nadie nos había preguntado nunca si deseábamos existir. Nacer no era algo que dependiera de nosotros, que residía bajo nuestro control, la muerte, por el contrario, cómo reaccionar a la partida de un ser querido, era una elección nuestra, que reflejaba nuestra personalidad, que valorizaba la coherencia con nuestros principios.

Luego prosiguió: «No es admisible que, ante la muerte, un individuo no salga transformado en algún aspecto de su existencia, que no adquiriera una mayor ternura hacia la vida. La muerte, tal vez, debería enseñarnos precisamente esto, a ayudarnos a comunicarnos con los demás.»

Con un ligero desconcierto, le respondí: «Si bien la muerte, para algunos, puede considerarse un incentivo para amar a los que quedan, nunca lo ha sido para mí. No consigo divisar dicha enseñanza en este fenómeno, y nunca podré comprender cómo algo bello, como el amor, pueda brotar de algo incomprensible, doloroso, como la muerte. Simplemente no es admisible que, en este mundo, la fealdad atraiga constantemente a la belleza – una belleza extraña, inalcanzable, deforme.»

Después de eso guardamos silencio.

Nos resultaba evidente a ambos cuánto las palabras no servían sino para colmar prolongadas fracciones de tiempo, sin que jamás logran involucrar al otro. O, tal vez, lo involucraban, pero no lo influenciaban, pasaban de largo, más allá del individuo. Y yo, entre mí, me preguntaba si a todos nosotros – a mi pequeño mundo de personas que conocía – nos interesara algo de la existencia o, más bien, nos preocupáramos principalmente de establecer, en un plan abstracto, en qué consistía y cómo había de vivirla. Las palabras y la

existencia se confundían, se entrelazaban dándonos la oportunidad de no sumirnos en el caos. Durante unos segundos, tuve la impresión de divisar la misma esencia de la vida en nuestras palabras.

Aquella noche, luego de la conversación sostenida con Giovanna, recuerdo que permanecí reflexionando acerca de que ella siempre había sido terriblemente reacia al suicidio. Quizá pensaba en eso justamente porque me daba la impresión de que todas las críticas que me había dirigido poco antes no iban destinadas a mí solamente, sino también a Marcello, el cual no me sentía en posición de poder juzgar, en absoluto.

Ella consideraba el suicidio por igual que una debilidad, un pecado, un despilfarro de un don precioso que, a cualquier condición, era nuestro deber vivir. Truncar la existencia con nuestras propias manos lo reputaba un acto despiadado y estúpido.

Esa no era, desde luego, mi forma de concebir las cosas, porque, en determinados contextos, estaba hasta a favor del suicidio. Podría permitirme tranquilamente afirmar que ciertos tipos de suicidio me resultaban altamente dignos, elevados. Cuando acto a demostrar la propia identidad, sin el cual, en ciertos contextos, es imposible probar la veracidad de las propias ideas, me parecía sin duda el más decoroso. Y si el suicidio, en tal caso, podía servir para despejar cualquier duda sobre la identidad – las ideas, las convicciones, aquello en lo que un individuo ha resuelto creer independientemente de las apariencias y de los hechos – de una persona, entonces no podría ver nada reprochable en ello.

Al día siguiente, como de rutina, me encontraba en la editorial trabajando. Era un día normal, gris, habrían dicho muchos. O tal vez, más que una jornada, habrían afirmado que era mi vida la cual les resultaba gris, monótona, por ser particularmente repetitiva, y debido a que no era proclive a nuevas experiencias, ni a la diversión, ni a la distracción. Los libros que leía durante las horas laborales no eran de particular interés.

Como a menudo ocurría, durante la pausa del mediodía me reuní con el director, que casi de inmediato formuló un comentario insólito sobre nuestros autores:

«Cada día recibimos decenas de manuscritos que nos proponen para su publicación, detrás de los cuales, es evidente, hay una persona que ha consagrado horas de su vida a componer una obra, a transmitir un mensaje, a darnos a conocer su visión del mundo, a entretener. Poco importa el motivo por el que escriben» se interrumpió y, con una expresión un tanto embobada y desconcertada, decidió dar un sorbo a su café.

Me arriesgué a conjeturar que abandonaría esa conversación sin siquiera haberla emprendido, ya que estaba desprovista de interés o relevancia. Sin embargo, me lanzó una mirada y luego reanudó su discurso:

«¿Serán felices todos estos escritores que indirectamente colaboran con nosotros? ¿Será que su profesión genera felicidad? ¿Te imaginas a un escritor pesimista escribiendo una novela con un final feliz? Y aunque cuando fuera optimista, rebosante de júbilo, ¿conseguiría transmitirlo con sus propias palabras o lo ocultaría para sí mismo?»

En un primer momento, ligeramente asombrado por su observación, decidí guardar silencio, pues tenía la certeza de que el director seguiría conversando incluso a solas. Además, no me juzgaba capaz de responder a si el mundo circunstante de ahí fuera se sintiera contento o no, y posiblemente ni siquiera me importaba. El director adoptó una postura aún más desconcertada que la de antes y sentenció:

«Se podría decir que soy una persona serena, equilibrada, pero de la felicidad no sé nada. Si tengo que ser sincero, tampoco tengo memoria de la última vez en que me sentí feliz.» Hablaba con sobriedad, como de costumbre. Se había dejado llevar, no obstante, por uno de sus ataques de melancolía, que tal vez procedían de su cotidiano y constante cinismo. «Con frecuencia se afirma que la felicidad es una especie de combinación de varios aspectos de la vida, y que quienes los entrelazan armoniosamente consiguen vivir con plenitud. Yo, por mi parte, nunca deposité confianza en eso, y quizá ni siquiera creí nunca en la felicidad misma.»

«¿De qué aspectos se trata exactamente?» perplejo, opté por preguntarle.

«Supongo que los individuos comunes y corrientes se refieren a las cosas de siempre – el trabajo, la familia, la salud, las vacaciones, los amigos, las aficiones, el desarrollo personal, la espiritualidad, y así sucesivamente – a todos estos “contenedores” que hacen felices a las personas y que, a su vez, tienen la función de contenerlas emocionalmente. Casi parece un juego de palabras» se puso ligeramente a reír.

«Sí, comprendo. Era de imaginar» luego añadí «La felicidad es, sin duda, un asunto predominante hoy en día – un tema que preocupa. Es una suerte de imán perverso que atrae sin siquiera dar a conocer la razón. Del mismo modo que las personas desean tener hijos, asimismo anhelan ser felices, y todo sin conocer el motivo.»

«Efectivamente, son estos temas que están de moda. Y pensar que, en numerosos casos, la consecución de la felicidad – casi desde un punto de vista hedonístico – se considera incluso como el sentido mismo de nuestra existencia» contestó.

Entonces el silencio volvió a reinar entre nosotros, sólo se oían fragmentos de diálogo de las personas circundantes, que aprovechaban para conversar durante el almuerzo. Callamos, hasta que resolví observar:

«Tal vez, más que de aspectos, se trate de lugares.»

«¿De lugares?» preguntó en respuesta, incierto de a qué me estaba refiriendo. Como este tema había despertado mi interés, empecé a exponerle mi interpretación y perplejidad.

«Lo que pretendo decir es que son las situaciones, las circunstancias, las que generalmente propician una sensación de seguridad. Seguridad y felicidad son dos cosas muy afines, en mi opinión.» Continué: «Imagínate ir al cine. Lo que a menudo interesa es el contexto del cine, del que la propia película, es evidente, forma parte. No es tanto la esencia – si así se le puede decir de algo inanimado – de la actividad de distracción a la que nos disponemos a realizar lo que en realidad resulta interesante. ¿No crees?» entonces me adentré a observar «Además, las personas no solo se sienten atraídas por los contextos, sino que también están obligadas a limitarse a la elección de los mismos – perspectiva muy poco tentadora, al menos en mi juicio. Está concedido elegir qué tren se desea tomar, una vez efectuada tal elección, sin embargo, la única sentencia que se puede pronunciar es: “El tren procedente de... está llegando al andén...” – una frase referencial, denotativa, informativa, propia de ese mismo contexto.»

Tras reflexionar unos instantes, el director confirmó: «Sí, presumo que las personas se conforman con todo lo que acabas de exponer» luego agregó «Puede que se complazcan pensando que estos contextos, entornos, son ellos mismos quienes los escogen, como si se tratara de una especie de libre albedrío. Tales elecciones se convierten, por tanto, en el reflejo de sus mentes, de sus formas de pensar, y les ofrecen la posibilidad de ilusionarse con estar dejando traslucir su personalidad» hablaba de manera despreocupada, como un filósofo consciente de estar conversando sobre la nada y, más encima, sobre temas que no le conciernen a sí mismo. Luego añadió: «Yo, de todas formas, me considero un privilegiado, de todo eso no me preocupo, ya que advierto una sensación de salvación, de poder permanecer fuera de todo, la cual tal vez provenga precisamente del hecho de no creer en la

felicidad y de sentirme como “la nada”, y de la nada hay bien poco de lo que hablar» concluyó, emitiendo una ligera risita de resignación.

«¿Tú crees que conseguirías describirte a ti mismo?» me permití preguntarle un poco más tarde.

«Sí. Es decir, yo pienso que sí» replicó, y después añadió: «Considero que podría narrar diferentes aspectos de mí mismo sin ninguna dificultad. ¿Por qué razón me planteas esta pregunta?»

«Supongo que es porque a mí, en cambio, me surgen serias incertidumbres sobre el hecho de que, por mucho que sienta que me conozco relativamente a fondo, seguiría sin ser capaz de describirme.»

«¿Por qué motivo?» preguntó con ligera aprensión y maravilla.

«Con exactitud, no sabría decirlo. Tengo, sin embargo, la impresión de que, cuando intentara narrarme, describiría cada vez una versión ligeramente distinta de mí mismo, y el resultado no sería más que una miríada de aproximaciones. Por otro lado, ¿quién puede saber con meticulosidad quién soy realmente? ¿Quizá yo mismo sea el único que pueda alcanzar a saberlo, o ni siquiera yo?» reflexioné confundido, luego continué «¿Acaso existo si me abstraigo de un contexto en el que están presentes otras personas, en las cuales se me permite reflejarme y con las que puedo compararme? Si un individuo me viera solo en la realidad, sin conocer la teoría, observaría tantas facetas de mí, tantas versiones, porque cada situación es una realidad en sí misma a la que uno está obligado a adaptarse, y cada día es una nueva pequeña sorpresa» me interrumpí, entonces concluí de forma sucinta, ligeramente alterado «En definitiva, ¿dónde podemos encontrarnos a nosotros mismos como personas? ¿Dónde es posible revenir nuestras espiritualidades más allá de los lugares que nos definen, que determinan nuestras alegrías y tristezas?»

El director se había puesto a fumar un cigarrillo, y se mostraba cínico, atravesado por un lánguido aire de superioridad. No sabría decir si aquella actitud no significaba más que una invitación a resignarme al hecho de que el mundo funcionaba de aquella manera y no era posible cambiarlo, o si lo que estaba pensando era que me tenía por una persona inteligente, si bien excesivamente ingenua para su gusto.

De allí a poco, nos marchamos del local para ir de vuelta a la editorial.

Alrededor de las cinco terminé de trabajar. En lugar de recorrer el camino habitual de todos los días para volver a casa, decidí tomarme algunos momentos para mí mismo. Me

orienté hacia la parte norte del lago, con la intención, en cualquier caso, de regresar no mucho más tarde. Por qué razón me había dirigido justo hacia allí, no sabría decirlo, una coincidencia, supongo. Era aquello un lugar silencioso, poco frecuentado por los habitantes de nuestra ciudad, donde se podía pasear a orillas del lago.

Me sentía incorregiblemente distraído. Me daba cuenta de cuán la mayoría de las personas que frecuentaba, las conversaciones que oía, en las que yo mismo tomaba parte, me resultaban ridículas. Mi mente no lograba concentrarse en nada en concreto, se limitaba a traer a la memoria inútiles recuerdos del pasado, o algún tedioso chismorreó oído recientemente. Se me vino a la mente nuestra secretaria Milena, quien, al salir del trabajo, había afirmado:

«Ahora que por fin he publicado mi primer libro, me siento satisfecha de mí misma. Este probablemente no sea más que el comienzo de mi carrera literaria.» Tras lo cual había añadido: «Siento que después de tantos años de oscilar de una actividad a otra, por fin he encontrado mi lugar en el mundo.»

Mientras más se me venían a la mente aquellas fútiles aserciones, más advertía que mi desinterés se exasperaba.

“¿La habrían recordado por sus libros o por quién había sido como persona? ¿Quizás la habrían acordado por las frases pronunciadas por ella sobre su manuscrito? ¿O por las de sus lectores?” no pude evitar preguntarme. “¿Por qué suele recordarse a una persona? ¿Por los chismes que pronunció durante su existencia?”.

En el fondo, reflexionaba, la vida de las personas se componía en gran medida de actividades rutinarias y de breves intercambios de conversación repetitivos. Y, a decir verdad, el propio idioma que todos nosotros habíamos aprendido, tenía la impresión de que era algo que encajaba perfectamente con este deseo de la gente de chismear o hacer comentarios fútiles. En cada emisión de nuestro lenguaje, en efecto, se solía aconsejar que figurase un sujeto animado o inanimado, tras el cual debía asociarse un verbo, un adjetivo, un adverbio de lugar, de tiempo, etc. Como si se hubiera tratado de una función que, a partir de simples sujetos, conseguía dar lugar a sujetos dotados de una descripción-chisme.

Eso en lo que respectaba a las afirmaciones. Para las preguntas, en cambio, ¿seguía siendo válido el mismo concepto de la función? Tal vez sí, porque, en el fondo, una pregunta no era más que, en principio, una persona desprovista de una información que deseaba obtenerla y, en conclusión, un individuo al que se le proporcionaba una nueva

elucidación. ¿Y una pregunta dirigida a sí mismos, entonces, no significaba nada más que encargar la función de llenarnos de chismes? Reflexioné durante unos instantes todavía, al cabo de los cuales no tardé mucho en concluir que aquella distinción entre oraciones afirmativas, interrogativas y probablemente también exclamativas, era terriblemente insensata, ya que en resumidas cuentas podían considerarse todas oraciones interrogativas. La existencia misma del lenguaje, por otra parte, no habría sido justificada de no ser por su función de poder formular preguntas y recibir respuestas. De este modo, sin embargo, todo se reducía a sujetos-objetos a los que llenar de palabras, a los que enmarcar con chismes sobre distintos temas.

Paseaba. Mi mente reflexionaba de manera intermitente, elaboraba conjeturas despreocupadamente y no se interesaba siquiera por si eran coherentes, brillantes o, tal vez, todo lo contrario.

Me quedé pensando en la función del lenguaje. Reflexionaba sobre el hecho de que lo que más me resultaba repulsivo era su capacidad de reproducirse: de hecho, es bien sabido que cuando una persona formula una pregunta a otra, ésta es muy probable que, después de responderle, le haga a su vez la misma pregunta, sin tomarse siquiera la molestia de intentar ser innovadora. Del mismo modo que la gente tiende a preferir las conversaciones sobre un tema frívolo, pero que les resulte familiar – tienen así la oportunidad de hacer comentarios – antes que sobre un tópico peculiar y tal vez atractivo.

En resumen, me seguía preguntando, ¿por qué razón debíamos preservar la memoria de la mayoría de las personas? ¿Para las acciones rutinarias que llevaban a cabo? ¿Para los chismes por ellos pronunciados?

Sentí durante unos instantes que, a veces, hasta a las personas cercanas a mí me resultaba arduo comprenderlas. La sensación que experimenté en aquel momento era que ya ni siquiera deseaba comprenderlos, sino más bien quedarme callado, durante mucho tiempo. Lo cual, por razones obvias, me era imposible, porque ya en cuanto regresara a casa y me encontrara con Giovanna, estaba seguro de que volvería a recriminarme que durante todo ese año no había sido capaz de demostrarle suficiente afecto.

Me tropecé con la madre de Marcello, quien también caminaba por esa misma parte del lago. Me reconoció de inmediato. Después de intercambiarnos saludos, permanecimos unos instantes callados. Puede que a ambos nos resultara difícil encontrar las palabras

adecuadas con las que comenzar un discurso. No deseaba ser yo quien rompiese aquel silencio, o tal vez, simplemente no era capaz de hacerlo.

En aquellos momentos, sentí que la falta de admiración y de estima que siempre había sentido hacia Elena – la cual me aunaba a su hijo – se había esfumado. No es que hubiera desaparecido, sino más bien que se había tornado irrelevante. Hacía varios meses que no nos encontrábamos.

No era una persona locuaz, al contrario, se la podía considerar proclive a lo reservado. Se mantuvo callada, observó el lago durante unos instantes más, hasta que se decidió a hablar.

«Había salido a hacer unas compras – las típicas cosas rutinarias que hay que despachar» suspiró y me sonrió levemente, luego añadió «Al acabar, sentí el deseo de venir aquí a pasear por unos momentos, hoy realmente me hacía falta. Hay días en los que la melancolía es más fuerte de lo habitual. Y tú, ¿cómo estás?»

«Estoy bien, Elena» repliqué, sin aparente convicción, quizá más porque me sentía obligado a contestar a su pregunta que por cualquier otra razón. Consideré que una respuesta neutra era la que mejor se adaptaba las circunstancias, no tenía sentido entrar en detalles acerca de cómo me había sentido durante aquellos últimos meses, y pronunciar cualquier palabra de consuelo me parecía igualmente poco menos que absurdo.

«A esta parte del lago solía venir mi hijo» comentó, como si con la mente no estuviera del todo en el presente. «Este lugar me ayuda a recordar a Marcello, a él están relacionados un sinnúmero de recuerdos que, con el avance del tiempo, desgraciadamente se desvanecen cada vez más» hizo una pausa prolongada. Era como si hablara consigo misma: «Aquí, al contrario, hasta los recuerdos más superficiales me vuelven a la memoria, y es un placer revivirlos. Cualquier momento es digno de ser acordado, mientras me haga sentir su cercanía.»

«Claro, comprendo» me limité a responder.

Elena, a pesar de todo, hablaba con tranquilidad, en su típico tono ligeramente emocionado. Desde luego, no estaba a merced de su desesperación. El dolor, pensé, lo guardaba en su interior. Luego volvió a callar, entregándose a silencios prolongados, sin importarle el paso del tiempo. Se frotó la mejilla con una mano, y yo no sabía qué esperarme, no me imaginaba qué podría añadir. Aguardé. El silencio se extendió tanto que ya empezaba a sentir una leve sensación de incomodidad desde el momento en que ni

siquiera yo encontraba las palabras adecuadas para pronunciar. Finalmente, tomándome casi por sorpresa, me dijo en extrema confianza:

«Todo ocurrió de un modo tan inesperado. Siempre nos había parecido una persona feliz, contenta. Le queríamos, sus amigos otro tanto, y de la vida había sabido conseguir prácticamente todo lo que se había propuesto. Y, sin embargo... Sin embargo... Era tan joven. Hay cosas que van más allá de la razón. Nunca fuimos capaces de explicarnos tantas cosas. ¿Cómo es posible que una persona que lo tenía todo sintiera, en realidad, un desprecio tan profundo hacia la existencia? Es prácticamente un contrasentido. Un contrasentido, literalmente.»

Tras recobrase de aquellas frases inconexas, me preguntó:

«En dos semanas tendrá lugar su conmemoración. Naturalmente, tu presencia nos alegraría. Tu hermano Bruno y su novia ya nos comunicaron que estarán presentes ese día.»

La afirmación de Elena era incómoda, bajo todos los puntos de vista.

«Yo comprendo que les agradaría que tomase parte en ella, no obstante, tratándose de un tema que me toca muy de cerca, me temo que no puedo aceptar. Por mucho que me encantaría complacerles, me siento obligado a no venir.»

Algo confundida, me preguntó:

«¿A qué te refieres?»

«Al hecho de que, viniendo, tendría la impresión de estar faltando al respeto a Marcello.»

Así que, al seguir Elena sin entender mis palabras, es más, por su expresión temía que las juzgara del todo insanas e insensatas, intuí que era necesario hacer un esfuerzo por aclararme.

«A propósito de recuerdos superficiales de Marcello que se me han quedado, me acuerdo de que un día, su hijo, de buen humor, me dijo: “En caso de que muera antes que tú, no te atrevas a venir a mi funeral, terminarías humillando nuestra amistad. No podrías cometer un acto más injusto” ¿ahora comprende? Asimismo, guardo recuerdo de que no pude refrenarme de contestar: “Y tú tampoco al mío, ni pienses en afirmar que serías capaz de venir, en caso contrario, dejaría de considerarte un amigo” y, en el presente caso – el de la conmemoración –, me temo que se trata de algo muy semejante a un funeral.» Luego añadí: «Era fácil comprender a Marcello, sentía una aversión desmesurada por esta resma de

ceremonias. En algunos aspectos, nos asemejábamos, y me urge no infringir este entendimiento que se había instaurado entre nosotros.»

Elena prestó oídos a las palabras que pronuncié sobre las ceremonias conmemorativas y los funerales, pero estaba claro que no las aprobaba.

«¿Cómo es posible estar tan en contra de estas conmemoraciones? Son algo tan natural, genuino, ideadas para rendir homenaje a una persona que hemos perdido y mantener vivo su recuerdo, nada más.»

«Es cierto» convine. «Una conmemoración, de todas formas, es algo demasiado parecido a una actividad. ¿Comprendes? Hay un afán por encasillar lo sucedido, confiándole un día y otras varias formalidades. Es algo que va más allá de los límites de mi comprensión.»

«Sinceramente, no comparto este punto de vista. Para mí, formalizar la muerte a través de estas ceremonias, es algo bueno, porque es una manera de mantenerse unidos y de soportar una pérdida. Es algo que nos ayuda, que nos brinda consuelo porque nos da la concienciación de estar perpetuando la memoria de Marcello. Es una forma de rememorarle, de sentirnos unidos a él.»

A lo que yo le respondí:

«Puedo entender que algunas personas encuentren consuelo en estas conmemoraciones y lo respeto. A mí, en cambio, no consiguen hacerme sentir ni mejor ni peor, me transmiten una total sensación de indiferencia. Para mí carecen de sentido, pues representan algo ficticio, que va más allá del individuo. ¿Me sigue?» hice una pausa, entonces seguí explicando «Me recuerdan a un palacio de la memoria, del que conocemos una profusión de detalles, un lugar propio, que nos pertenece, como los recuerdos que guardamos de Marcello. Y es como si, en un preciso momento de nuestras vidas, empezáramos a colmarlo de objetos, de palabras nuevas, casuales. Sería como confundir lo real con lo irreal, los recuerdos que realmente se poseen con otros artificiales.»

Pronto me di cuenta de lo vanos que eran mis esfuerzos por justificar mi ausencia. Afortunadamente, Elena no insistió y, en breve, la conversación llegó a término.

Aquella tarde, Giovanna regresó a casa algo más tarde respecto a mí. Su humor era tan cambiante y susceptible que, últimamente, no sabía nunca qué esperar. La probabilidad de que estuviera propensa al buen humor era prácticamente la misma de que estuviese de mal humor.

“¿Es posible que mi comportamiento, en general, le causara tanta incertidumbre, tanta preocupación?” me preguntaba con cierta frecuencia. “¿Un cambio le ha ocasionado tanto susto?”. Si me formulaba tal pregunta era porque, cada vez que mencionaba que mi forma de ser hacia ella había cambiado, advertía en sus palabras, aparte de una especie de deseo de reprocharme, un miedo exasperado, o tal vez una sensación de soledad.

“Soy capaz de aceptar tu dolor, tu desconcierto. Lo único que no resisto de ninguna manera es este apartarme” me vinieron a la mente sus palabras. No sabía qué hacer al respecto, en absoluto. Me daba cuenta asimismo de que ni siquiera tenía la certeza de estar del lado de la razón. Me resultaba evidente, sin embargo, que observábamos la misma realidad desde una perspectiva diferente. Y ella se distorsionaba, cada uno de nosotros solo podía percibir un atisbo de realidad, pues más allá de cierto límite, no conseguía ponerme en su lugar, ni siquiera ella en el mío, y ver una realidad unívoca. Lo único que era cierto, era que Marcello había muerto.

“¿Hay cosas que, más allá de cierto límite, no se pueden decidir? ¿Será que existen hechos, comportamientos que simplemente no se pueden pretender, exigir, que no podemos cambiar y que debemos aceptar, tanto yo como Giovanna?” seguía pensando, y cuanto más reflexionaba acerca de lo que estaba correcto, mayor era mi impresión de que cada vez sabía menos y no poseía ninguna certeza.

Cuando Giovanna apareció, me quedó claro que debía de haber pasado una tarde no excesivamente estresante, daba la impresión de sentirse relativamente calmada.

«¿Cómo te ha ido la jornada?»

Sonreí ligeramente distraído. Era una pregunta que me formulaba de costumbre, como yo a ella. Aquel día, sin embargo, reconozco que aquella habitualidad, por un instante, me pareció ridícula.

«Bien, normal supongo. En el fondo, podría perfectamente haber sido, aquello, un día tranquilo, bastaba con que nos pusiéramos de acuerdo sobre el significado de “normal”.»

«¿Y tú, más bien, cómo te encuentras?»

«Hoy acabé antes de lo habitual. Salí del trabajo sobre las cuatro, después acompañé a una compañera a ver una exposición de fotografía. Deseaba que le hiciera compañía.»

Colgó su abrigo y, enseguida, empezó a ordenar unos libros que estaban esparcidos por la mesa. Siempre había tenido una desesperada necesidad de tenerlo todo en orden. Era

original, ya que ese mismo orden, a veces, la asfixiaba, exactamente como me había hecho notar por teléfono unos días antes: “Siempre dejamos las conversaciones en suspenso por culpa del trabajo, de un pariente, de un colega o de cualquier otra cosa que tengamos que atender.”

Tenía la impresión de que fuera ella misma la que se aprisionaba y, al mismo tiempo, sentía el deseo de desprenderse. Y si en la base había un orden, en la superficie reinaba su humor imposible de someter. Observé algunos segundos de silencio, deseando que fuese ella quien prosiguiera la conversación.

«Vi una exposición fotográfica» volvió a afirmar.

«¿Y...?» la apremié.

«Eran fotografías en color de paisajes naturales y urbanos, principalmente. Procuraban reproducir la realidad al detalle, a la perfección. Me temo que no comprendo la fotografía. O bien, tengo la impresión de que cuanto más tratan de acercarse a representar la realidad, más se distancian de ella y se vuelven falsos. ¿No coincides?»

Asentí, con desenvoltura, intrigado por sus palabras. Eché un mirada más allá de la ventana: en aquel atardecer el cielo estaba plomizo, inmóvil, estático. Transmitía una sensación similar al tedio, a la muerte.

Ella prosiguió:

«El arte, en la mayoría de los casos, no pasa de ser un fenómeno comercial. Abunda la carencia de tormento interior. Y, cualquier cosa que sea el resultado de una intranquilidad interior, en la mayoría de los casos, es algo que no interesa al público. Sin embargo, tales individuos – que, por cierto, no necesariamente han de ser artistas – son los únicos que pueden procurar que vislumbremos un mundo diferente, propio, interior, que no sea una repetición de la realidad. De lo contrario, por mucho que nos propongan una obra de fantasía, continúa siendo algo que forma parte de este mundo real, banal.»

Giovanna estaba definitivamente de buen humor. Me impresionaba comprobar lo mucho que podía mudar su humor de un instante para otro. Pensé que era un buen día para conversar de cualquier tema, que no concerniera a mi comportamiento de ese último año. Yo observé:

«Sí, efectivamente, ese atisbo de realidad que constatamos ahí fuera no es más que una infinidad de fragmentos de tiempo concatenados unos con otros de acciones rutinarias,

repetitivas, y desde cualquier perspectiva que se les mire, sospecho que no dejan de ser acciones banales y nada más.»

«Sí» compartía sus palabras. «Personalmente, considero que las personas se conocen tan poco que lo único que pueden permitirse es tratar de representar la única realidad que se recorta ante sus ojos, desde diferentes perspectivas, obviamente. Algunos destacan la alegría de ciertas situaciones, otros la melancolía, la ridiculez, etc. Las distintas perspectivas, tengo la impresión, no son sino la encarnación de los estados de ánimo de la gente, nada más.»

Giovanna precisó:

«Ciertamente, las personas no se conocen. De todas formas, en mi opinión la peculiaridad de varios individuos consiste también en que tienden a hacer coincidir sus existencias con la vida que tienen fuera, y no con una interior, prácticamente inexistente. Estando así las cosas, es absurdo ilusionarse con que puedan conocerse, puesto que no existen.»

Callamos durante unos instantes. Puede que los dos tuviéramos la impresión de que la conversación vertía cada vez más hacia lo absurdo. De todos modos, si Giovanna se angustiaba, se ensombrecía al pensar en aquellos temas, y probablemente sentía que había algo muy serio que no cuadraba, yo, por el contrario, me daba cuenta de que conseguía mantener una calma desproporcionada, de total y enajenada indiferencia.

Prosiguió profiriendo:

«El arte solo sería útil si sirviera para contribuir al enriquecimiento espiritual de las personas. En caso contrario, se le puede considerar como un auténtico desperdicio de tiempo» hizo una pausa. Siguió diciendo: «No es al arte a lo que me refiero, sino a la existencia, al enriquecimiento de nuestras espiritualidades, las cuales, por supuesto, habría que vivirlas» se interrumpió, luego concluyó «Siendo así, es una suerte que el tiempo no pueda detenerse nunca, o mejor dicho, que el destino de la humanidad sea el de no poder detenerlo nunca.»

A lo que me permití observar:

«Es cierto. Lo único bueno de todo esto, sin embargo, es que las cosas bonitas no envejecen. Como nuestro amigo Marcello. Las obras de arte que realmente tienen valor, que pretenden transmitir un mensaje, por mucho que se descuiden y se olviden, tampoco. Un libro merecedor de hace cien años, se vuelve a leer con gusto, conserva su belleza. Lo que

quiero expresar es que no encuentro que tenga demasiada relevancia en qué año se compuso la obra, qué época la precedió y cuál la siguió» hice una pausa, luego deseé agregar «Resulta bastante frívolo defender el hecho de que, cuando nos encontrásemos con una obra magistral en las manos, deberíamos abstenernos de emitir un juicio hasta que se nos den a conocer su ascendencia y su contexto histórico. Lo que está claro es que, a lo largo de la historia, las “técnicas” han cambiado, se escribe de forma diferente, se adopta un estilo distinto etc., no obstante, insisto en que habría que poder encontrar un método para establecer el valor de una obra sin basarse en el contexto, sino en la belleza absoluta.»

Giovanna permanecía en silencio, reflexionaba. Poco después, me explicó sus conclusiones:

«Es bastante ridículo alegar que pueda existir una belleza absoluta. Por la sencilla razón de que el arte es algo que está excesivamente relacionado con el ser humano, sin él, en efecto, no subsistiría. Opino que la humanidad tiene una propensión muy pronunciada a embrollar y confundir las cosas. Es una astucia encomiable, porque cada vez que se procede hacia un nivel más intrincado, más difícil resulta volver atrás. En arte, cuando se estudia una obra considerada meritoria, se suele atender al contexto cultural, histórico, social, e incluso el sistema al que se hace referencia para juzgarla. Esto significa que el juicio podría sufrir mutaciones en función de la corriente artística a la que perteneciera la obra y según el criterio que utilizara. Se trata de algo objetivo que subyace a algo relativo, en perpetuo movimiento, a constantes tendencias, claro ¿no? Y el momento en que se alcanza el apogeo de lo desgarnado es cuando los individuos corrientes fingen seguir apreciando obras de arte que remontan a centenares de años, cuando, hoy en día, al haber cambiado los criterios y el gusto estético, nos resultan ridículas» hizo una pausa, luego siguió «Enredando de esta forma el criterio de emitir un juicio, subjetivizando todo, queda claro que la decisión última de la crítica asume un lugar cada vez más importante, privilegiado y, sobre todo, inapelable. Inapelable por el hecho de que se trata de algo relativo, y cuanto más relativo es, y por consiguiente arbitrario, basado en una tendencia, más poderoso se vuelve el juicio e, inclusive, dogmático» se interrumpió, entonces concluyó «¿Cómo puede existir algo absoluto, puesto que estamos hablando de tendencias?»

A lo que le respondí:

«Probablemente, el término que empleé, “absoluto”, sea exagerado. Creo que me refería al hecho de que, aunque haya infinidad de tendencias artísticas, que pueden

contraponerse entre sí, imponerse, sobreponerse, etc., debería haber algo por encima de éstas y, en consecuencia, capaz de valorarlas desde un punto de vista puramente lógico, no estético y cambiante» luego añadí «Pongamos el ejemplo de la soledad, ¿es un concepto que existe? Supongo que podríamos permanecer en esta sala durante horas debatiendo. ¿Se puede considerar sola a una persona que advierte esta sensación a pesar de estar rodeada por una multitud de individuos o, por el contrario, otra que se halla aislada pero es consciente de tener a muchos que la comprenden? ¿Quizás se podría discutir si sentirse solos, en la mayoría de las situaciones, coincide con sentirse incomprendidos? ¿O si la soledad se percibe cuando nos sentimos excluidos, dejados de lado por un grupo al que nos gustaría pertenecer? La sociedad se inventa miríadas de definiciones para definir este concepto, algunas de ellas más coherentes y brillantes, otras menos. Lo que es innegable, sin embargo, es que por mucho que uno esté obligado a vivir en una sociedad, y, por tanto, pueda observar un mosaico de su personalidad reflejada en las palabras que pronuncia y en la forma de relacionarse con los demás, subsiste una innata individualidad – la soledad – que todos poseemos y de la que no podemos deshacernos. Morimos solos, todos. Y es una ilusión que una persona pueda ponerse en nuestro lugar aunque solo sea por un instante, es sencillamente imposible.»

Giovanna enseguida contestó:

«La soledad, como tú mismo sostienes, es algo innato en el hombre. El arte, sin embargo, es una invención total. Cualquier actividad artística, por definición, es de por sí algo que vive únicamente en una sociedad, que se nutre del juicio de ésta, la cual, además, si concebida en su acepción más alta de tener como propósito el refinamiento de los individuos, ni siquiera podría existir de no estar podrida la sociedad.»

Le contesté:

«No veo por qué el arte no podría existir si la sociedad no estuviera podrida, ya que la perfección absoluta no existe, por supuesto, y siempre se pueden efectuar mejoras. En cuanto al discurso sobre la soledad, en cambio, creo que la única manera que se nos concede de ser lo más objetivos posibles es trasladar los principios que la humanidad lleva innatos y aplicarlos en todos los contextos de la vida, incluso en el arte.»

Recuerdo que en aquel momento me daba la impresión de que Giovanna tuviera aún menos confianza en el género humano que yo. Continuó reiterando:

«¿Será que tiene sentido intentar conferirle lógica a algo tan ilógico como el arte? ¿Tiene algún sentido intentar volver sensato algo en un contexto social? Frente a su absurdidad, ¿no deberíamos dejar que siguiera su curso sin intentar interrumpirlo? Por añadidura, mientras el arte se base en conceptos estéticos, ¿cómo es posible aplicar la teoría a algo que no dispone de bases?»

«Solo estaba afirmando que, idealmente, el arte, para volver a ser algo que pueda considerarse racional y, por tanto, no dogmático, inapelable – como tú misma sostenías –, debería cesar de basarse en su propio panorama desde una perspectiva única, o sea aquella de las varias tendencias. Pues opino que, al estar desprovista de otras perspectivas, las personas pierden la osadía de intentar cuestionar el arte, de criticarlo. Y que, finalmente, es ésta una forma de hipnotizar a la gente al séquito de una tendencia, de convencerla a rendirse a este constante fluir de la vida. »

Al cabo de poco, nuestra conversación llegó a término.

No volví a ver a Bruno hasta unas semanas más tarde. Su novia se había marchado fuera de la ciudad durante toda la jornada por asuntos que tenía que atender, y yo me encontraba a cenar en compañía de mi hermano. Giovanna, por su parte, ya hacía unos días que se hallaba en casa de su hermana. Solía invitarme o simplemente acercarse a cenar los fines de semana – se trataba probablemente de un innato deseo de mantener unida a la familia y de relacionarse con sus parientes más próximos. No me negaba, no parecía necesario oponerme, Bruno no deseaba más que compañía. Conversábamos.

«Estas fiestas navideñas espero que te estén beneficiando.»

«No sabría decirte. He tenido tiempo libre, claro, sin embargo...» no sabiendo cómo llevar adelante el discurso, me resolví preguntar «Y tú, más bien, ¿cómo estás? ¿Cómo prosigue tu trabajo?»

«Con dificultades te topas todos los días, no obstante se sigue adelante. Lo importante es mirar siempre hacia el futuro» afirmó, sin ahondar en detalles sobre su proyecto de trabajo. De forma superficial hubiera hablado de ello durante horas, aunque si le hubiera invitado a adentrarse más en el asunto, habría hecho lo posible por evitarlo. Bruno no quería hacer confidencias a nadie a propósito de sus objetivos – presentes o pasados que fueran. Era, desde este punto de vista, una persona cerrada, excesivamente reservada, incluso más que yo. Le bastaba con saber que los demás estaban al corriente de sus proyectos y progresos, el resto lo custodiaba para sí mismo y mantenía a todos a una

distancia estelar, de seguridad, de tal modo que nadie osara interferir con él. Si yo admito que me hubiera sentido capaz de trabajar con Bruno en la editorial, no podía figurarme que fuera lo mismo por su parte.

«Siempre has poseído un optimismo casi sin moderaciones» observé a continuación.

«Es cierto, tiendo a ser una persona optimista» reconoció, luego añadió «Después de todo, la humanidad, aunque indudablemente tenga sus carencias, ha logrado resultados admirables bajo numerosos aspectos: científico, económico, político, etc., y estoy dispuesto a reconocerle todo su mérito, a diferencia de ti, que...» sonrió ligeramente «te esmeras en divisar solamente el aspecto más tétrico de nosotros.»

«Digamos que soy más realista que tú, o que mido los éxitos del género humano utilizando un rasero diferente al tuyo» me arrellané en el respaldo de la silla y, con mucha calma, me resolví a concluir: «A pesar de haber tenido siempre una visión negativa del mundo y tú, al contrario, una positiva, no tengo la impresión de que el ser humano te suscite más interés que a mí: el mundo nos es indiferente a ambos.»

Bruno no replicó nada, al contrario, miró durante unos instantes en dirección a la ventana y a la nieve que caía, fingiendo detenimiento, luego me lanzó una mirada y, de forma apenas perceptible, asintió y esbozó una leve sonrisa de reconocimiento.

Más tarde dijo: «Solo faltan unos días, entonces comenzará un nuevo año» a continuación añadió ligeramente apenado «A pesar de los varios disgustos en que nos hemos visto envueltos, este año también ha abierto sus alas, el tiempo fluye excesivamente rápido» hizo una pausa «En poco más de un mes cumpliré treinta años, y decir que parece que fue ayer el día que cumplí veinte. El acercarse del umbral de los treinta admito que me atemoriza, te recuerda que todo se volatiliza y se reduce a la nada. En estos últimos diez años me he dedicado a varios proyectos y, por razones que no dependían de mí – por contratiempos y la mala suerte de obstáculos varios –, no he conseguido sobresalir en casi ninguno de ellos. Siento que todavía tengo tantas cosas que poner en práctica en mi vida, objetivos que realizar» concluyó, sacudiendo ligeramente la cabeza con aprensión, pánico tal vez.

Pensé entonces en el hecho de que Bruno a menudo ponía el énfasis en “lo que podría haber conseguido en su vida” más que en lo que había tenido. Quizás no era capaz de

valorarlo, de darse del todo cuenta. Justamente en esto pensaría con amargura cuando le llegara la hora de morir, conjeturé con maravilla y consternación.

«¿Tan inquieto te sientes?» inquirí entonces, sintiendo una leve aprensión por él.

«¿Tú no, acaso?» preguntó él en respuesta, sin haber tenido siquiera tiempo de reflexionar.

«No, no lo creo» le confidencí.

«Y decir que, no obstante todo, no desearía ser inmortal. La vida es tan breve, sin embargo, que el miedo se adueña de mí.»

«¿No desearías ser inmortal?» pregunté yo con aire distante.

«No, para nada» dijo secamente.

Su respuesta confieso que no me resultaba comprensible. En esa época me parecía agradable una vida con la muerte, la aceptaba, pero en su lugar habría deseado poder sujetar el tiempo a mi voluntad así como disponer de una cantidad infinita del mismo. Y me parecía que ésa tendría que ser la única forma coherente de hacer feliz a alguien de la clase de Bruno y de cumplir sus sueños.

A este respecto, me explicó: «Comprenderás que si yo dispusiera del tiempo a mi antojo, sobrevendrían problemas de índole superior que, creo, están más allá de nuestro control. La repetitividad – la eternidad –no llevaría más que a la alarmante apatía, al desinterés por cualquier cosa e individuo. La vida, de ser eterna, sufriría sin duda una desvalorización.»

«¿Una desvalorización?» no entendía.

«Desde luego, porque es el tiempo quien otorga valor a lo que hacemos, a las acciones que cumplimos, a las palabras que pronunciamos. Mis objetivos, por ejemplo, son relevantes solo porque soy consciente de que tengo que ponerlos en práctica en un determinado lapso de tiempo, es un desafío, una especie de adversidad a superar, que, en el fondo, embellece y convierte en único todo lo que se hace en la vida. ¿No crees?»

Le contesté que, a mi manera de ver las cosas, un objetivo que nos importara siempre conservaría el mismo valor, independientemente del tiempo que transcurre, que me resultaban discordantes sus discursos sobre la apatía, la repetitividad.

Él, a su vez, se defendió observando que el ser humano es propenso a aburrirse, que el tedio lo reduce todo a nada: las actividades, los sueños, los sentimientos, cualquier cosa. Y

que el tiempo, a pesar de ser un arma de doble filo, ya que algún día acabaría con nuestra vida, coopera con nosotros en combatir el aburrimiento, nuestra pasividad.

Más tarde dijo:

«La vida eterna, en todo caso, no se nos concede. Conscientes de ello, estamos obligados a hacer lo posible por no desperdiciar el tiempo y encontrar formas, estrategias, para ser felices. Ojalá supiese cómo ayudarte, ¿es posible que no puedas tomar ejemplo de mí aunque sea sólo y exclusivamente en este aspecto de la vida?»

Mi hermano adoraba hacer de hermano mayor, que procura dar consejos a los demás y, a la vez, anhelaba que le mostraran respeto, en el sentido de no contradecirle, pues era más sabio y tenía más experiencia.

«¿De tu esquema de felicidad?» pregunté con desconcierto.

«Claro, de esta parte de mí que se cuida de ver el lado positivo de la vida. Personalmente, me parece que deberías aprender a administrar tu felicidad, a orientarla y a encontrar diferentes apoyos en la vida, “pilares”.»

Mi hermano sostenía que era más práctico vivir así. Dentro de este lapso de tiempo – dentro de la vida – para colmar, era necesario sustentarse en cualquier “pilar” que fuera de nuestro agrado: familiares, amigos, trabajo, actividades del tiempo libre. Ésa era su manera de despegarse del presente y convertir su existencia en algo irreal, compuesta tan sólo de rutina, para transformar y aniquilar nuestro “yo” en el mero espacio físico que ocupamos y, por supuesto, en las actividades que realizamos.

En aquel momento, intuí que debía de envidiarme por no aprobar su esquema predefinido, que, por cierto, Bruno sentía como algo propio, y no extraído de otras personas y adaptado a sí mismo. Tal vez por el hecho de ser capaz de tomar solo lo que me satisfacía de la sociedad, y de aferrarme exclusivamente a lo que para mí tenía un valor.

Salimos a dar un paseo. La ciudad a esa hora estaba casi desierta. El frío nos envolvía, obligándonos a aceptarlo, a hacerle compañía. Mi hermano, en cierto momento, hizo un gesto con la cabeza en dirección a las ventanas de un edificio.

«Está todo helado, perpetuamente» profirió en tono alegre, aunque distante.

Yo asentí, indiferente.

«Pero hasta esta helada tiene su encanto» añadió a continuación, sin convicción.

Yo, entretanto, me había distraído y me había quedado reflexionando: “Es evidente que la mayoría de las personas tiene costumbre de subdividir sus jornadas en dos partes: una

en la que se aplica a su trabajo y otra en la que se dedica a actividades de entretenimiento. Tengo la impresión, sin embargo, de que ninguna de estas dos reparticiones de la vida consigue apasionarle e implicarle verdaderamente, porque tanto para una como para la otra no está dispuesta a pasar por el aro, sino solamente dejarse aguar, descolorir; no obstante, persevera.” Luego seguí: “Bruno nunca ha tenido este defecto, esta incertidumbre: siempre ha vivido para su trabajo. Se podía esperar algo mucho mejor de mi hermano, porque por muy genuina que sea su curiosidad y su voluntad, su trabajo siempre será una estrategia para mantenerse ocupado y engañarse a sí mismo de estar confiriendo un significado a su vida. Espero que algún día pueda darse cuenta de que, por mucho que se considere por encima de la mayor parte de las personas y de que esté orgulloso de haber construido, ladrillo a ladrillo, una morada en la que sentirse sereno, de la mayor parte de esos ladrillos no tiene la menor necesidad.” Finalmente reflexioné: “Indudablemente, en mí no hay más que intransigencia, un deseo de comportarme conforme a mi conciencia, la recóndita esperanza – que apenas admito – de que la gente haga otro tanto, y mi categoricidad.” Bruno, a su vez, está angustiado por sus innumerables temores a no tenerlo todo bajo control, a tener que poseer “pilares”, a la presión de demostrarse a sí mismo y a su “pequeño público” de ser un individuo excepcional a través de sus actividades. ¿Acaso éramos tan diferentes? ¿No éramos, en el fondo, dos personas con “ciertos vínculos”, por mezquinos o elevados que ellos pudieran revelarse?”

Al caer la noche, Endrina regresó a casa. Permanecí en su compañía hasta el día siguiente – como era fin de semana, con toda seguridad no me hubieran permitido que les dejara solos. Aquella noche oí una conversación insólita. Ya me había recostado en la cama y, desde el cuarto contiguo, me llegaba el vocerío de Bruno y Endrina, los cuales, pensé, debían de haber dejado la puerta entreabierta, o haberse imaginado que la mía estaba cerrada.

La muchacha dijo:

«Al final, con el nuevo año, creo que aceptaré el nuevo puesto de trabajo que me han ofrecido.»

«Entonces, ¿te has decidido?» preguntó él.

«Sí, de más que sí. He reflexionado al respecto con detenimiento. Cosecharé muchos beneficios aceptando. Desde luego, me apena tener que dejar a mis compañeros de trabajo, con los que me llevaba más que bien. Sin embargo...»

«Sin embargo, en otras palabras, es una especie de ascenso, y es justo no dejar escapar ninguna oportunidad. Trabajarás en un laboratorio de mayor prestigio» profirió mi hermano, luego, en tono alegre, añadió «Estoy orgulloso de ti» hizo una pausa, y concluyó «De verdad.»

Al escuchar esa última frase de mi hermano, sonreí para mis adentros. Era gracioso oírse la pronunciar porque la decía con desapego, conteniéndose ligeramente, pero al mismo tiempo imbuido de satisfacción y, sobre todo, de exultación. Tal elogio solo habría podido pronunciarlo en un contexto de ese estilo, ya que sentía un profundo respeto hacia los “objetivos” que se proponían las personas que le rodeaban. Se regocijaba, exactamente como lo hacía conmigo antes de la muerte de Marcello, cuando yo aún era más activo y determinado; y cuando realizaba una afirmación como aquella, traslucía cierta maravilla en su tono, como si se hubiera cumplido algo inesperado. “Inesperado” no era quizá el término más apropiado, porque estaba seguro de que en los objetivos de Endrina pensara hasta con constancia, y de que más bien apenas hablara de ellos, ni con ella, ni con nadie, por una cuestión de respeto, de reserva, por considerarlos algo altamente relevante a no embadurnarse con las rutinarias palabras de todos los días. Por dicha razón, ese tono transmitía la sensación de que se acababa de cumplir algo “inesperado”.

Luego, de todas formas, la conversación cambió casi de inmediato cuando Bruno le preguntó:

«Al final, ¿cuándo nos vamos a casar? Nosotros siempre postergamos lo que nos importa.»

Me imaginé, en ese momento, a mi hermano tamborilear con los dedos de la mano sobre su propio brazo o sobre cualquier mueble que se encontrara a su alcance – un movimiento que expresaba su impaciencia, su deseo de tenerlo todo bajo control.

Endrina le respondió:

«En efecto, cada uno está siempre tan enfrascado en su trabajo o en alguna actividad de esparcimiento que demasiado raramente nos detenemos a hablar de temas relevantes. Como si nos aburrieran y deseáramos dejarlos para otro momento.»

«Tal vez sea así, no sabría decirte» replicó Bruno en un tono que no excedía de la convicción.

Durante unos instantes descendió el silencio. «No creo que se trate de que cada uno de nosotros esté absorbido por sus propias actividades. Esto es cierto en parte: nos apasiona

nuestro trabajo, sin embargo, si en las últimas semanas hemos eludido este tema, es más que nada porque no logramos llegar a una resolución. No se nos ocurre un remedio. Y eso, al menos en lo que a mí respecta, es algo que me desalienta, porque no soporto dejar las conversaciones en suspenso, no consigo resignarme a que pueda existir un problema que, a lo mejor, me doy cuenta de que no soy capaz de resolver» continuó Bruno.

«Sí, lo sé. Soy consciente de que tú eres así de carácter. Pero, por otra parte, ¿qué podemos hacer si tú deseas casarte, tener hijos y formar una familia, y yo, en cambio, todo lo contrario, aprecio mi libertad y aborrezco la idea de traer seres al mundo? ¿Qué inventarse? Nada, tal vez nada, deberíamos empezar a aceptar que somos diferentes» luego prosiguió diciendo «Además, ya hemos conversado varias veces al respecto.»

«¿Qué...? ¿Y entonces?»

«¿Y entonces?» Endrina le apremió.

«Nada, solo me gustaría que no fuera así, y me resulta complejo aceptar que lo sea» sentenció mi hermano, de forma terca, probablemente molesto por la situación.

Se interrumpieron. Luego Bruno retomó el discurso:

«¿Es posible que te resulte tan repugnante la idea de tener hijos?»

Así que Endrina empezó a explicar:

«No aborrezco tal idea, en absoluto. Simplemente, a diferencia de ti, no siento la necesidad de ello, es algo que no entra en mis proyectos de vida, y no quiero transigir al respecto. Existen personas que experimentan el deseo de tener hijos, y otras que no. Y no es que estas últimas sean peores que las primeras, de ninguna manera.»

«Yo nunca dije eso.»

«No, a lo mejor no lo has dicho, pero no concibes que existan individuos con una forma de pensar disímil a la tuya. Te resulta inimaginable, ya que nunca cuestionarías que tu visión del mundo pudiera no ser la mejor, la más sensata y la más sabia»

«No es que sea mejor, tengo otra visión del mundo, diferente, nada más. Me sale espontáneo desear tener una familia y transmitir el afecto a mis hijos, tal como hicieron mis padres conmigo, con Adriano. ¿Comprendes? En el fondo, no se trata sino de perpetuar la evolución de la especie, no es tan peculiar tener esa voluntad.»

«Puede ser» intervino la muchacha, y luego, en un tono ligeramente amargo y contrariado, agregó «Además, no soporto la presión social que grava en todos nosotros, que nos impone que tengamos hijos. Todo el mundo pretende que contribuyamos a crear una

unidad familiar y a encontrar nuestro lugar en la jungla urbana. No obstante, yo no deseo esto, y más que cualquier otra cosa adoro mi libertad. La adoro. La favorezco más que nada puesto que mi visión actual del mundo es demasiado pesimista, desconfiada, escéptica, para pensar en tener hijos. ¿Entiendes?»

«Sí, comprendo, considero de todas maneras que en la vida puede haber lugar para todo: para el propio trabajo, el propio éxito, la propia libertad individual, y también para tener una familia, hijos. Te dejas sugestionar de sobremanera por lo que la sociedad demanda o no demanda, ¿por qué debería interesarte? No puedes dejarte condicionar tanto. Quizá si viviéramos en una isla desierta, sin sociedad ni presiones, tú también te plantearías tener hijos.»

«Sí, es posible, en ese caso sería distinto» entonces añadió «Dada la situación actual, no obstante, no puedo evitar sentirme así y querer priorizar mi libertad, mi deseo de dedicar todo el tiempo de que dispongo a mi trabajo de bióloga (no acaso escogí una actividad cuyo resultado depende de mí, casi exclusivamente de mí). Es un trabajo mayoritariamente autónomo, de forma que de las victorias y las derrotas respondo yo.»

Un prolongado silencio volvió a imponerse. Fue Bruno quien lo rompió objetando:

«¿No consideras tu decisión un tanto egoísta?»

«¿En qué sentido? ¿Desde qué punto de vista, exactamente?»

«En el sentido de querer sacar miríadas de conclusiones sobre nuestro mundo actual, de querer privar categóricamente a unos seres de la posibilidad de nacer, de vivir, solo en virtud de tu actual desconfianza hacia la humanidad. Te comprendo, pero solo hasta cierto punto. Y me parece todo un tanto exagerado.»

«Tal vez. Sin embargo, tú también tienes ojos para leer los diarios y ver qué sucede en el mundo, día tras día. Y yo, simplemente, he llegado a la conclusión de que depositar tanta importancia en las personas, en el afecto, no viene al caso. Considero mucho más satisfactorio y glorificador concentrarse cada uno en sus propias actividades y en los “objetivos” que uno se propone conseguir.»

«Una cosa, en cualquier caso, considero que no es impedimento para la otra. ¿No crees?»

Así pues, Endrina coronó la conversación afirmando:

«En cierto sentido, sí, porque basar tu vida en las personas que te importan es una osadía, puesto que siempre existe la incógnita de que de un momento a otro puedan

fallarte. Mientras que si centras tu existencia en tus objetivos, en las metas que deseas adjudicarte, trasladas por completo la responsabilidad sobre ti mismo, y eso no es para mí sino una ventaja. Además, nada como mi trabajo consigue hacerme tan feliz y que me sienta plenamente realizada, orgullosa de lo que he obtenido.»

Bruno calló, quizá por no saber qué responder, y permaneció pensativo durante largo rato. Llegué a preguntarme si la observación de Endrina – que no significaba otra cosa que consideraba su trabajo más importante que a mi hermano – pudiera haber ofendido o amargado a Bruno, o si simplemente hubiera sentenciado entre sí: “Si Endrina es así, cosa que, en el fondo, ya sabía, me parece bien, lo acepto, del mismo modo que ella acepta mi forma de ver las cosas y no hace ningún intento por cambiarme. Yo la quiero igual.”

Éstas no fueron más que conjeturas personales, pues no tenía la menor idea de si Bruno estaba avezado a dichas conversaciones, o cuánto en cambio lo tomaran desprevenido. Al cabo de poco rato me quedé dormido y no sabría decir si ese fue el final de la conversación entre Endrina y mi hermano, o si hubo una continuación. Me desperté, de todas formas, en medio de la noche. Me levanté y me dirigí a la cocina en busca de algo para tomar. Fue entonces que me encontré a Bruno en el salón, recostado en el sofá, intentando ver una película.

«¿Estás bien?» le pregunté.

«Sí, demás, ¿y tú?» dijo en respuesta.

Moví la cabeza afirmativamente, entonces me acerqué a él.

«¿Qué película ves? ¿Una película de aventura? ¿O de supervivencia?» pregunté, con ligero sarcasmo, pues no tardé en darme cuenta de que trataba de un número restringido de supervivientes que procuraban ponerse a salvo de una catástrofe aérea.

«No miro nada, solo tonterías...» fue la concisa respuesta de Bruno. Luego añadió: «No podía conciliar el sueño, así que vine aquí.»

El rostro de mi hermano, en efecto, daba realmente la impresión de estar cansado, decepcionado tal vez. Las ojeras resaltaban sobre su tez clara, levemente pálida. “¿Decepción de qué?” no pude evitar preguntarme. “¿De la mentalidad contraseñada por la desconfianza y el recelo de Endrina? ¿O de la resignación y aceptación que tenía que imponerse a sí mismo?” no encontraba respuesta. O, tal vez, simplemente se trataba de una decepción ante la pequeña sociedad que se había edificado a su alrededor, ante la gente en general y la imposibilidad de encontrar algo que le satisficiera plenamente.

Era como si durante una resma infinita de años hubiera estado buscando algo que pudiera darle felicidad, y nunca hubiera conseguido encontrarlo, o nunca del todo. En aquella coyuntura, pensé que Bruno, en realidad, no era feliz. No obstante, también consideré que si en ese momento se estaba permitiendo un momento de perplejidad y abatimiento, al día siguiente volvería a sentirse “feliz”, como siempre, y todo el disgusto que pudiera contemplar en esos instantes lo haría desaparecer.

“¿Es posible que consentirse sentirse mal le resulte tan humillante?” recuerdo que reflexioné. Sacudí entonces ligeramente la cabeza, desconcertado y, al mismo tiempo, resignado ante el carácter de mi hermano, o, mejor dicho, ante lo que él consideraba importante: el no mostrar mal humor en presencia de otras personas, el no permitirse hundirse, la necesidad de llevar siempre adelante su rutina, prácticamente a cualquier precio.

Es preciso observar, sin embargo, que un auténtico mal humor solo habría podido ocasionárselo un problema relativo a un asunto que le interesara, es decir sus objetivos. Sin embargo, en un caso semejante, habría tenido la atención de enfurecerse y ponerse lívido por su propia cuenta. Estaba seguro, de hecho, de que si algo le salía mal durante la jornada laboral, se pasaría la noche entera en vela en busca de una solución, obsesionándose, culpándose, casi en pánico, exigiéndose lo mejor de sí mismo. Y todos sus satélites: objetos, actividades, personas, deseos, esperanzas, sentimientos, que llevaba consigo, aunque incluso en tales fragmentos de tiempo no dejarían de importarle (puesto que era una persona responsable), se esforzaba, sin embargo, por mantenerlos alejados de sí mismo, con mucha discreción, a fin de que todo pasara desapercibido. Si una vida sin sufrimiento era prácticamente imposible, Bruno aspiraba a inventarla.

Indefectiblemente, aquel domingo nos levantamos todos tarde. Bruno y Endrina, de todos modos, se levantaron ligeramente antes que yo y, cuando entré en la cocina para desayunar, mi hermano ya se había serenado – se lo había impuesto. Entre estallidos de risas, le contaba a la novia el sueño que había tenido esa misma noche.

«Soñé que te engañaba. ¡Sueños fútiles, los míos!» Y la parte ridícula es que no te engañaba con otra muchacha, sino contigo mismo. Es decir, había dos Endrinas en el sueño. Era de no creer, como si me hubiera sido negada la posibilidad de evadirme.»

En las semanas que siguieron, no hubo ninguna novedad, ni nada imprevisto, ni nada de nada. El tiempo transcurría monótono. El camino que tenía que recorrer para

dirigirme al trabajo era siempre el mismo, y las caras que uno se encontraba eran las habituales. Se advertía la sensación de que la vida entera se reducía a los vaivenes de individuos que se derramaban por las calles, ahora en una dirección, ahora en otra, despachando una actividad, luego otra. Yo mismo formaba parte de ese rutinario vaivén, pero al mismo tiempo me sentía distante e indiferente a esa circundante indiferencia. Me sentía ajeno a todo. A aquel lago frente a nosotros, a aquellas montañas, a aquella nieve que se divisaba sobre ellas. Era como un lago con el que había convivido desde que había nacido, pero que nunca había conseguido familiarizárseme.

Si bien el dolor era el mismo de siempre, aquellos días fueron especialmente tristes. Aquella recaída no se justificaba por ninguna razón aparente. Simplemente se advertía la sensación de cuánto, día tras día, pesara más la hipótesis de seguir adelante.

Una de esas tardes, tras una reunión de trabajo, permanecí en compañía de mi director. Nunca había sido una de esas personas excesivamente impacientes, todo el tiempo ansiosas por sus asuntos laborales. Al contrario, por mucho que no fuera un individuo elocuente, se concedía breves pausas, y con gusto intercambiaba algunas palabras con sus colegas. Ciertamente, no sentía la necesidad de negarse al diálogo.

«¿Nos vamos a tomar un café?» exclamó.

«Sí» respondí instintivamente, casi sin pensar.

Más tarde, se puso a hablar de temas casuales de su existencia.

«No tengo ninguna prisa por volver a casa» empezó a decir. «No me espera nadie. Mi hijo ya es adulto, vive por su cuenta. De mi mujer, en cambio, ya hace dos años que me divorcié. Pero no te engañes pensando que se trata de una situación amarga. Estoy plenamente en condiciones de apreciar esta soledad, es más, quizá sea lo que más deseo, puesto que ya no soy capaz de vivir con nadie, y de amar aún menos. Me doy plena cuenta de ello.»

Unos instantes más tarde, volvió a hablar de su mujer.

«Me mantuve en buenos términos con Teresa. La semana pasada hasta me hizo saber que tiene planeado un viaje turístico a... Ni siquiera me acuerdo el país de destino que había mencionado. Se ha comprado un pasaje y se marcha dentro de unas semanas. Tal vez estos viajes turísticos realizados casi de improviso a la edad de cincuenta años la ayudan a dar un sentido a su vida, a hacerle olvidar que está envejeciendo, y que ni ella ni yo jamás fuimos jóvenes. Teresa se niega cuando se trata de aceptar la realidad. Yo, por el contrario, si bien no

puedo afirmar que me guste como soy, tengo al menos el valor de aceptar el hecho de que nunca he tenido sueños en mi vida, que siempre he aspirado a la tranquilidad.»

«¿No te sientes satisfecho de la persona que eres?» pregunté con una leve curiosidad.

«No, está claro que no. ¿Por qué iba a estarlo?»

Guardamos silencio varios instantes.

Finalmente, no muy maravillado por su respuesta, me permití preguntarle:

«¿Por qué entonces nunca intentaste cambiar si no te agrada cómo eres ahora?»

«Ni siquiera yo lo sé. Supongo que me parece bien seguir así. Tal vez me sea indiferente el concepto de gustarme o no gustarme, no tiene tanta relevancia. Darse cuenta del cinismo e indiferencia de uno mismo no necesariamente implica que se tenga la voluntad de cambiar, de hacer algo mejor.»

«Comprendo» respondí sucintamente, aunque en realidad no comprendiera del todo.

Tenía la impresión de que en mi mente reinaba ese eterno estado confusional: el concepto de dejar que las personas fueran lo que eran se alternaba con un recóndito e inexplicable deseo impelente de imponer a los individuos de tener que esforzarse y perfeccionarse. Probablemente por ello, aun admirando la sinceridad de mi director, no conseguía comprender aquella especie de estado de inercia, de resignación, si así se puede definir, puesto que no se le veía como una persona resignada, sino más bien complacida en su nada.

Aquella tarde no estaba especialmente propenso al diálogo, y dejaba que fuera el director quien llevara la conversación, que eligiera el tema que más le agradara. Empezó a hablar nuevamente.

«Me es indiferente la idea de gustarme o no gustarme, porque, en el fondo, la indiferencia es lo que más ha caracterizado mi vida desde todo punto de vista, no solo en lo que concierne a mi carácter y a mi forma de comportarme. Las mismas actividades que he llevado adelante en el curso de mi vida han fluido prácticamente por sí solas – ya poseían la forma, yo simplemente las presencié» hizo una pausa. Luego continuó contándome: «Ciertamente, podría presumir de haber tenido muchas cosas lindas: crecí en una familia relativamente unida, instruida (todos estamos licenciados), me saqué una licenciatura obteniendo la matrícula de honor, me dediqué a trabajar y luego dirigir la editorial fundada

por mi tío durante una miríada de años. En definitiva, mi vida no ha sido más que llevar adelante actividades que ya habían sido puestas en marcha por mis parientes, o ideas propias de mi entorno. Son muchos los que se jactarían de tener todo esto, yo no, no le veo sentido. Todo lo que “poseí” lo tuve sin apenas tener que esforzarme. Ahora bien, está claro que para graduarse con honores había que destinar una enorme cantidad de horas a los libros, se trataba, de todas formas, de limitarse a una simple inversión de tiempo en ello, de tener disciplina y orden. Desde luego que no era cuestión de luchar por conseguir algo mejor, algo nuevo, algo mío. Nunca sentí ese deseo.»

El director permaneció en silencio durante algunos minutos. Fingió echar una ojeada a las noticias que daban en la televisión, yo de cuando en cuando le miraba y no me preocupaba de mi silencio y del suyo.

«Yo figuro entre esas pocas personas que no se aterrorizan ante la muerte» profirió, en un tono sumamente tranquilo, casi distraído, sin mirarme siquiera, sino fijando durante unos instantes la mirada en su taza de café. “¿Realmente pensaba lo que decía? ¿Su cinismo le permitía expresarse con tanta desenvoltura?” pensé entre mí.

El director nunca se había enterado de que yo había perdido a mi amigo más cercano un año atrás; si lo hubiera sabido, dudo que se hubiera permitido hacer esa observación, porque en el fondo siempre había sido una persona discreta, relativamente reservada.

«¿Por qué ese comentario?» pregunté.

«No sabría decirte por qué razón, justo ahora, me ha venido este pensamiento a la mente. Tal vez observando a las pocas personas que nos rodean, al camarero que abre los tapones de las botellas, la pantalla del televisor. Me parece que hay realmente pocas personas que, cuando tengan que tomar decisiones – independientemente de que sean relevantes o irrelevantes – tengan en cuenta también el factor de la muerte, que tarde o temprano todos nos vamos a morir. En eso no se piensa, se vive como si fuéramos inmortales» hizo una pausa. Entonces continuó: «Y cuando se pierde a un ser querido, al principio uno se desespera. ¿Qué es lo que se siente realmente? ¿Miedo a no poder volver a ver jamás a esa persona? ¿Lástima porque un individuo ha perdido la vida? Todas son hipótesis verosímiles. Sin embargo, tengo la impresión de que gran parte del sufrimiento que experimentan las personas en tales circunstancias obedece al hecho de que nos ilusionamos con que somos inmortales y no estamos preparados para afrontar la muerte de alguien,

nuestra propia muerte. ¿Comprendes? Esa desprevenición, esa elusión constante del tema, conlleva que ante ella nos sintamos invadidos por un terror causado por algo que no debería haber acontecido, que nos es ajeno.»

Como le conocía desde hacía años, recuerdo que no me sorprendió oír esas palabras. Él siguió diciendo: «Lo que estoy tratando de expresar es que creo que el sufrimiento que se siente también depende de cómo nos relacionamos con el tema de la muerte, con la importancia que le atribuimos. Yo, por ejemplo, no la considero como algo excesivamente relevante, sino como algo normalísimo y también extremadamente sencillo, de lo que no podemos sustraernos y que tenemos que aceptar, de la misma manera que debemos conformarnos con tantas otras condiciones de la vida. Con esto no estoy sosteniendo que no sienta dolor ante la pérdida de alguien a quien quiero, sino que soy absolutamente capaz de controlarme, de gestionar el asunto con tremenda frialdad y autocontrol.»

«Comprendo.»

Desde que habíamos salido de la editorial no dejaba de repetir ese “comprendo” y a procurar no complicarme la vida, cuando en realidad no comprendía y no coincidía en los conceptos que estaba tratando de exponerme. Confieso que todo me parecía tan humano y, a la vez, tan inhumano. Más tarde, invadido por un arrebato de infeliz curiosidad y angustia, pregunté:

«¿O sea que la muerte de alguien, a tu parecer, no duele tanto si estamos preparados a ella?»

«Sí, exactamente» me respondió asintiendo, contento de que no hubiera malinterpretado su discurso.

«¿Cómo no hacer de la muerte un tema relevante?» insistí, poco después.

El director, tal vez habiendo tenido la impresión de que empezaba a tergiversar su discurso y a considerarlo excesivamente desgarbado, no dudó, sin embargo, en replicar con su tranquilidad y su habitual sentido de aceptación: «Esfuézate en no hacer parecer horribles mis palabras, Adriano. Jamás he dicho que la muerte deba tomarse con ligereza, al contrario, sostengo que es algo a lo que es imposible acostumbrarse, ni siquiera en parte. De ser así, significaría que habríamos perdido nuestra sensibilidad de seres humanos. Afirmé simplemente que se trata de una realidad que debemos aceptar, y de cuya existencia debemos ser conscientes, desde el principio. La vida también se compone de crueldades, y es

superfluo, vano, tratar de olvidarlo, o de exasperar o minimizar este fenómeno» hizo una pausa. A continuación, hizo un leve gesto con las manos, ordenado, rítmico, como para significar que la única lucidez y racionalidad de la que podíamos disponer era la de ser capaces de aceptar las condiciones de la vida. O, tal vez, ésa fue una simple impresión que me produjo ese movimiento de manos, y lo interpreté a mi manera.

Luego siguió: «Después, ante un luto, cada uno reaccionará como desee, tomará las medidas que considere oportunas, sufrirá. Hay incluso quienes se resuelven a suicidarse cuando la vida les enfrenta a penas exasperantes y, de forma más o menos equilibrada, cada uno se ve obligado a tomar decisiones» hizo una pausa. Sacudió apenas perceptiblemente la cabeza dando la impresión de confundirse ligeramente, luego concluyó: «Aceptar la muerte nos da la posibilidad de tomar decisiones, incluso drásticas, con equilibrio. Eso es lo que deseaba expresar, y es eso a lo que aspiro.» Guardó a continuación silencio y desvió la mirada hacia otras personas que charlaban en nuestras proximidades, distrayéndose. El director transmitía a la vez indiferencia y tolerancia. Era evidente que no tenía nada más que añadir, y yo reflexionaba sobre lo que acababa de proferir: “Deduzco que el director teme que el dolor que te ocasiona un luto se pueda entremezclar con un sufrimiento más extenso hacia la vida, que te abruma, te aparta de lo real, de lo terrenal. O, al menos, así interpreté su discurso.»

Me daba cuenta, con todo, de lo incapaz que era de aceptar aquel concepto, ya que sentía una sensación de desaliento total respecto a cualquier cosa que pudiera atañer a la existencia terrenal, en el sentido práctico del término. No conseguía aceptar la muerte, pero mucho menos la vida, necesitaba engañarme de que podía haber algo por encima de todo ello. Sentía que si un luto era tratado exclusivamente como un profundo dolor terrenal, se exponía a extraviar su relevancia, su gravedad. Y no solamente su gravedad, sino quizá también su idealidad. La muerte tenía necesariamente que ser un fenómeno sublime, de otro modo ya nada hubiera tenido sentido para mí y la existencia se hubiera limitado a verse en lo pútrido.

“¿Será que esa forma que siempre había tenido de actuar y de interpretar el mundo se asemejaba excesivamente a un expediente para fingir y engañarme a mí mismo con que la existencia fuera distinta de lo que realmente era? ¿Realmente tal ficción era el único modo de hacer la vida menos desagradable y repugnante? ¿Y por qué razón lo que me era odioso conseguía resultarme más agradable sólo si lo tomaba con desapego? ¿Por qué deseaba tanto

vivir una existencia terrenal aún manteniéndome siempre a cien metros por encima de ella, como si hubiera que considerarla desde lejos, con distanciamiento, y absolutamente nada más? ¿Posible que no fuera capaz de aceptar lo que nos había sido dado y deseara siempre algo más perfecto, más ideal?” reflexionaba para mis adentros.

El director terminó de beber su café. Estaba tranquilo, no miraba nada en particular. No tenía prisa alguna por regresar, y daba la impresión de querer dejar pasar el tiempo, como si estuviera obligado a dejarlo pasar, a llenarlo de alguna manera.

Echándole una mirada, me pregunté qué podía significar el tedio para una persona como él. ¿Quizá no existía? ¿Será que nunca había experimentado esa sensación de aburrimiento a lo largo de su existencia? No estaba seguro de cuál pudiera ser la respuesta, no dije nada al respecto. Poco más tarde, volví a preguntarle acerca de la muerte:

«¿Cuál es la correlación entre muerte y sufrimiento?»

Dirigió la mirada hacia mí durante un instante con interés y, a la vez, incomprensión, luego apartó la vista de nuevo.

«Me temo que no comprendo.»

«¿Existe una correlación entre estas dos cosas?»

El director sacudió la cabeza, seguía sin comprender mi perplejidad. Así que continué explicándole:

«Con toda certeza, a la muerte se le podría adjudicar el “lugar” de mayor sufrimiento. La idea de cesar de existir, de desaparecer en la nada, de ausencia, de vacío, es sin lugar a dudas el concepto que nos resulta más difícil de asimilar. Y, al menos para la mayor parte de las personas, es el más atroz.»

«Supongo que es así» afirmó el director, asintiendo ligeramente con la cabeza.

«Es el más atroz porque es sinónimo de mayor sufrimiento, incomprensión. Se puede sufrir por varias razones a lo largo de la vida, pero la muerte es la que más sobrecoge. Se trata, en efecto, de algo que se encuentra más allá de todo, incluso del sufrimiento mismo. Y el respeto que se le debería tener debería proceder de la relevancia que tiene, y no tanto de la aflicción que provoca» hice una pausa. Luego terminé:

«Comprendes?»

El director empezó a captar el concepto al que yo aludía.

«Entiendo que para ti la muerte tiene un significado especial, abstracto tal vez, e indudablemente ético, que va más allá de cualquier otra cosa. Desde mi punto de vista,

muerte y dolor son dos cosas conectadas, perfectamente relacionables. No considero, no obstante, que la muerte deba ser el peor de los males de este mundo, o aquello a lo que se deba mostrar mayor respeto. ¿Me explico?»

Perplejo, no deseé responder nada en concreto. El director, por tanto, prosiguió:

«Creo que algunas personas exageran en la relevancia que confieren a la muerte, por el simple hecho de que es algo inevitable. Indudablemente, es algo infausto. Los males, sin embargo, existen en abundancia y tenemos que afrontarlos a lo largo de la existencia entera. Hablando de una forma muy práctica, quizá pragmática, estimo que es más importante debelar todas las crueldades que el ser humano tiene que afrontar y causa durante la vida. Poder vivir en un mundo sin males, sostengo, es más importante en comparación con conferir una importancia suprema a la muerte: el último sufrimiento al que tenemos que hacer frente.»

Entonces el director se calló. Si podía mostrarme de acuerdo con lo que decía acerca de la necesidad de tener que reducir todo el mal del mundo, no podía estarlo con lo que concernía su interpretación de la muerte como “el simple y último dolor al que todos debemos hacer frente al término de nuestra existencia.”

Al poco tiempo me despedí del director.

Al día siguiente, aparte de las pequeñas preocupaciones cotidianas, no aconteció nada distinto de lo habitual. Giovanna últimamente solía regresar tarde del trabajo, o simplemente iba a visitar a su hermana, pues alegaba que transcurrir tiempo en su cercanía la beneficiaba y, sobre todo, la ayudaba a mantener su humor estable y a no dejar que el pánico se apoderara de ella. Mi presencia la inquietaba, no saber cómo hacer para aceptar que estaba angustiado por la pérdida de mi amigo y, tal vez, ante la existencia en general la agobiaba.

Intuí que ese año debía de haber sido una especie de tortura para ella, pues pasaba constantemente de tener momentos de pánico, en los que me imploraba que intentara volver poco a poco a la normalidad, que no me olvidara de ella, a momentos en los que, no pudiendo soportar más el presente, se retenía donde su hermana o se dedicaba asiduamente a su trabajo, procurando así desprenderse de todos y de todo, olvidarse de cualquier pensamiento que pudiera causarle pena o preocupación excesiva. Decía que necesitaba dedicarse un poco a sí misma, evadir, de lo contrario habría perdido la cordura en aquella situación.

«¿Te importa que transcurra algo de tiempo por mi cuenta?» me preguntaba de cuando en cuando, quizá sintiéndose culpable por sus prolongadas ausencias. Y yo, con ligera indiferencia o incluso desinterés, replicaba: «No, no cambia nada, no debes preocuparte.» O, quizás, si le respondía de esa manera, era solo por una cuestión de resignación y de egocentrismo. De qué término era el más apropiado en este contexto, no tenía la certeza y, para ser honestos, tal vez ni siquiera me interesaba especialmente saberlo – no deseaba pensarlo.

Aquella noche, al regresar a casa, Giovanna parecía alterada. Sacudió ligeramente la cabeza, contrariada, después de lo cual empezó a hablar de las personas en general, como si estuviera refiriéndose a individuos que viven en otro planeta.

«El mundo es cada vez más intrincado, y, desde luego, no me refiero a algo abstracto o filosófico, más bien a lo que constato todos los días, inclusive cuando me relaciono con colegas de trabajo.» Luego continuó: «Ellos, sin embargo, no son más que un ejemplo limitado, porque es el mundo en general que procede por “conjuntos” de toda clase, que construye con todos las prontitudes posibles» se interrumpió, luego agregó: «Digo banalidades, ¿verdad?»

«Sí, pero, por trivial que sea, vivir en conjuntos es la normalidad hoy en día.»

Continuó:

«No encuentro que la mayoría de las personas, cuando hablan de cualquier tema, consigan ser honestas y expresar sus pensamientos, sus opiniones, manteniéndose fieles a lo que realmente piensan. Cualquier frase pronunciada tengo la impresión de que siempre sufre alteraciones, en el sentido de que ya no coincide con lo que tenemos en nuestra mente, se añaden informaciones, o se omiten ciertos detalles.»

«Es cierto.»

«Esto únicamente para tratar de influenciar a los demás, para convencerles indirectamente de que cambien de opinión, probablemente porque tenemos claro cuál es la forma correcta de ver las cosas y deseamos constantemente persuadirles a que sean más afines a nosotros. ¿No crees? Las personas no son capaces de hablar simplemente para exponer sus propias ideas, olvidándose del pensamiento de tener que convencer a alguien todo el tiempo» Giovanna hablaba con vehemencia, luego continuó «Este constante “omitir la verdad”, sin embargo, si por un lado resulta agradable, pues nos permite atraer a más gente a nuestro conjunto, a la vez es destructivo, puesto que nadie llega nunca a

conocer el pensamiento de los demás, y de este modo no se crean más que “complejos de falsedad” esparcidos por todo el planeta.»

Me limité a comentarle que estaba de acuerdo con todo lo que acababa de proferir.

«Si, por un lado, se crean estos “conjuntos mentales” de personas que se engañan a sí mismas de ver el mundo de la misma forma, por otro, para evitar que alguien pueda tener la osadía de desear evadirse, hacen todo lo posible por juzgar constantemente. Se crea así una tupida red de personas que juzgan y, al mismo tiempo, se preocupan tanto como pueden por no ser juzgadas a su vez. ¿Me hago entender?»

Le hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

Siguió: «El juzgar es tremendamente nocivo, deletéreo, ya que no es más que una forma de mantener controlado y dominar a un conjunto, de dimensiones variables, de individuos, porque es indiscutible que cualquiera, con tal de no ser juzgado, tiende a adaptarse a lo que es “el estándar”, y a conjurar que se le endose la etiqueta de “juzgado positivamente”, o, por el contrario, de “juzgado negativamente”» reflexionó durante unos instantes por su cuenta, luego concluyó con ligero disgusto «Se trata de algo equiparable a una fuerza, desproporcionada, desbordante, capaz de enmarañarlo todo. Y puesto que nadie se abstiene de juzgar a los demás o cualquier cosa que pase por sus manos, la sociedad continuará siempre conservando su forma de incesante vórtice del que es imposible desalojarse, denominado: “La llamada a emitir una sentencia”.»

El discurso que había tenido me intrigaba. Estaba seguro de que desde un punto de vista racional tenía la razón, de hecho en más de una ocasión le había manifestado que compartía lo que pensaba. Sin embargo, dentro de mí, por mucho que confiriera valor a quienes son capaces de discernir el juzgar y el no imponer la propia voluntad a los demás, del evaluar, y, por tanto, del limitarse a analizar los datos que se nos proporcionan y tomar decisiones en consecuencia, sin perturbar al prójimo, me daba asimismo cuenta de que ni a Giovanna ni a mí se nos daba ser personas que evaluaban, y recaíamos más bien en el otro grupo.

No obstante, reflexionándolo, por mucho que me resultara incómodo admitir que era así, ¿es posible que, en el fondo, me sintiera orgulloso de ello?

Entonces callamos. Después de la cena, la ansiedad de Giovanna se agudizó y, a pesar de lo tardío de la hora, me mencionó que saldría a dar un paseo. Me invitó con gentileza a que no la acompañara, asegurándome que en breve retornaría y se encontraría mejor. De

vuelta a casa, daba la impresión de estar más calmada, aunque tenía una expresión grave y rígida, más seria de lo habitual.

«¿Podemos hablar?» empezó.

«Sí, desde luego.»

Antes de pronunciar lo que deseaba comunicarme, transcurrieron largos momentos de silencio rebosante de inquietud, de incomodidad, o incluso de fastidio. Quizás ambos deseábamos hallarnos en una situación distinta de aquella que teníamos ante nuestros ojos, o mejor, ante personas diferentes. Los dos necesitábamos quietud, paz, que nos olvidaran a cada uno en su propio mundo, en su propia mente.

«Creo que he llegado a la conclusión de que debo reaccionar, no puedo seguir más tiempo en este estado, es una tortura. Mi salud mental simplemente no me lo consiente. Esta situación ya ha extraviado cualquier atisbo de lógica hace demasiado tiempo» afirmó ella, turbada, y tal vez incluso con un ligero desprecio. Se quedó callada y poco después añadió: «A decir verdad, ya ni siquiera estoy segura de lo que es lógico o ilógico. Me es arduo establecer dónde se sitúa la razón, si se inclina de mi lado o del tuyo, o quizá de ninguno de los dos. El único concepto que consigo asimilar en estos momentos es que, cuando se sobrepasa cierto límite, no está necesariamente fuera de lugar procurar centrarse únicamente en cómo estar mejor, en qué contexto podría beneficiarte, sin importar lo que pase. Cualquiera que sea la decisión que pueda traerte alivio, debe ponerse en práctica.»

Deseosa de sacudirse un peso de encima, Giovanna hablaba como si tuviese que pronunciar una sentencia no precisamente feliz.

Sobra decir que, ante aquellas palabras, no sentía el menor deseo de rebatir cosa alguna. Dejaba, por tanto, que la muchacha me refiriera sus conclusiones. Y, con profunda indiferencia, trataba de limitarme a pensar que, cualquiera que fuera lo que me pudiera haber dicho, si realmente se hubiera tratado de algo que hubiera podido aliviar aquel padecimiento suyo – en mi opinión tan inútil e infantil –, me habría esforzado por alegrarme por ella. Suspiró, trató de recomponer sus fuerzas más que sus pensamientos, y precisó sus intenciones.

«¿Te había mencionado que hace unas semanas me ofrecieron ocuparme de energía geotérmica en la...?»

«Sí, ya me habías hablado de eso anteriormente» entonces añadí «¿Te has resuelto a aceptar?»

«Como sabes, disponía de dos semanas para darles una respuesta. En estos días, confieso haber reflexionado detenidamente, y ahora, más que nunca, siento que tengo claro lo que debo hacer» Giovanna hablaba con resolución, pero de su tono se filtraba un escalofrío que hacía pensar que estaba conteniendo las lágrimas. Luego concluyó: «Les diré que sí. Me trasladaré a trabajar al norte.»

Moví ligeramente la cabeza a modo de aprobación. Guardo recuerdo de que no me sentía maravillado, dado que se trataba de algo que me esperaba desde hacía días.

«¿Posible que no tengas nada que decir?» afirmó en tono de reproche.

«Sí, evidentemente es posible» me limité a replicar.

No deseaba internarme en una conversación de aquel tipo. Lo que había proferido me había parecido lo suficientemente claro, y lo aceptaba, o, es más, la propuesta de Giovanna me resultaba algo en el límite de lo agradable, para los dos. Pero, ¿habría tenido el coraje de admitirlo abiertamente en aquel momento, o en cualquier otra futura circunstancia? No lo creo, mi orgullo no me lo permitiría. Quizá todos tengamos una parte de nosotros mismos que no deseamos aceptar, y de cuya existencia no queremos tomar conciencia.

Se abrió un prolongado silencio; pendía sobre nosotros, inmersos ahora en otras reflexiones, o tal vez en la ausencia de pensamientos. Poco importa. Si una vez un sentimiento nos había unido, los acontecimientos de aquel último año nos habían asimismo desunido. Y aquel presente, era evidente, ya no nos interesaba, pertenecía a un momento que no era nuestro, sino de la vida, de una circunstancia de la existencia que, casi por desgracia, nos había tocado vivir.

Aquella semioscuridad que se propagaba, la flébil luz de la luna, aquel silencio interminable, me circundaba, pero no me pertenecía. Todo me era ajeno, y parecía evanescente.

Transcurrieron varios minutos. Después de eso, Giovanna reanudó la conversación con calma, y yo, procurando regresar a aquella situación que se recortaba ante mis ojos, la presté oídos. “No es propio de ella ahorrarme una dilucidación del porqué de esa decisión, era de esperarse. Siempre tiene que presentar una justificación a todo, aun cuando sea innecesario, y asegurarse de que haya cierta racionalidad en cualquier cosa que decida llevar a cabo” me dije a mí mismo. “Sin embargo, ¿es posible que no consiga caberle en la cabeza el

hecho de que realmente no siento la necesidad de que me brinde explicación alguna?” concluí ligeramente impacientando.

Empezó a decir: «Más allá de que me siento obligada a tomar esta decisión por razones obvias (por mi propio bien más que nada), considero que no se trata de una elección desprovista de lógica, o de moralidad. Me han ofrecido un contrato conveniente, mejor que el actual. Además, de este modo, tendré la oportunidad de contribuir por una causa que me importa, de seguir llevando adelante una actividad que me ha interesado desde la época de la universidad y que, sin lugar a dudas, aporta algo a nuestro mundo actual» declaró. A continuación añadió: «Es ético dedicarse a una actividad que contribuye al avance del conocimiento. Y, en ciertos casos, es honorable dar primacía a esto frente a otros aspectos de la vida. Nuestro afecto puede esperar, opino. Es más, este último podría incluso verse beneficiado, porque en el futuro seremos conscientes de haber optado por una decisión ética y podremos permitirnos considerarnos personas mejores.»

Harto, guardé silencio. Giovanna se explayó: «Además, ten presente que no iré a vivir tan lejos, estaré a dos horas de distancia. Podremos vernos, de cuando en cuando. Tengo la certeza de que este distanciamiento me favorecerá, me traerá algo de paz, me ayudará a concentrar mis energías en otros pensamientos. Y, cuando estuviera mejor, será más fácil arreglar cualquier problema que pudiera subsistir entre nosotros. Ahora mismo siento que no me quedan fuerzas y, por mucho que lo desee, soy incapaz de ayudarte.»

Yo no agregué más nada. Puede que ya diera por sentado que, con la partida de Giovanna, nos alejaríamos cada vez más, probablemente de forma definitiva. No deseaba más dar importancia a aquella cuestión, y me limitaba a pensar que, con el transcurso de los meses, la propia Giovanna se daría cuenta de que yo ya no le hacía falta, y, probablemente, ella tampoco a mí.

“Es evidente que si Marcello no hubiera muerto, nunca habríamos tenido que mantener esta desagradable conversación. ¿Es posible que ciertos acontecimientos del mundo a nosotros circunstante puedan acarrear tantas consecuencias en nuestra vida personal? ¿En esto debe de estar pensando Giovanna? ¿Será que considera que la culpa es suya, antes que mía o de ella? ¿Acabará odiándole, tal vez?” recuerdo que pensé de pasada en aquella coyuntura. Al poco rato me distraje definitivamente.

Durante largo tiempo, aquella noche no pude conciliar el sueño. No tanto porque toda suerte de pensamientos siguieran acosándome la mente, sino porque el sueño me resultaba algo tan inoportunamente real. Y me era difícil aceptarlo.

En los días siguientes, Giovanna se reveló más amable y comprensiva que de costumbre. Esa actitud, de todas formas, me daba cuenta de que no le salía. Se notaba que era afectada, artificial. Afortunadamente, solo fueron así los primeros días tras haber tomado la decisión de mudarse, después de lo cual ella también adoptó un comportamiento cada vez más frío y distante. Tal vez era ésa la consecuencia del concretarse de su decisión, del hecho de que le resultaba algo cada vez más próximo y real, y no un simple espejismo absurdo y vano. Se reprimía, intentaba mostrarse lo más resuelta posible, quizás deseaba desempeñar el papel de la persona aparentemente determinada, que se enfrenta a las contrariedades de la vida, la cual, con consternación se había visto obligada a tomar una decisión con el propósito de subsanar ese constante estado de inquietud en el que se encontraba, y quizás también para dejarme tiempo para superar el luto.

Desde mi punto de vista, en cambio, me era todo prácticamente indiferente, tanto su sentimentalismo como su firmeza. ¿Era posible que el dolor que experimentaba me hiciera “imperturbable” a aquel nivel?

Recuerdo que entonces me resultaba agradable ilusionarme con el hecho de que todo estaba bajo el control de mi mente, y que cualquier palabra, actitud o gesto mío sería capaz de explicarlo, o hasta de justificarlo.

“Pero, en realidad, ¿cuántas elecciones había podido hacer realmente? ¿O hasta qué punto, simplemente, me había visto obligado a seguir a un “yo” interior? ¿Será que, en el fondo, nunca había podido escoger nada? ¿Acaso se me había dado la posibilidad de evadirme de mí mismo, o de aquel lago que se ocultaba entre las montañas?” me interrogaba. Un estado de resignación, entre tanto, se iba apoderando de mí. Y con otro tanto espíritu de resignación y, tal vez, una leve ironía, me imaginaba a Giovanna, a punto de abandonar aquel lugar, afirmar:

«Por supuesto que hemos elegido nosotros, hemos escogido miríadas de cosas a lo largo de nuestra vida.» Después añadir: «¿Es posible que nunca hayas advertido la necesidad de evadirte de este lago? ¿De ir a buscar vida en otro lugar, en algún rincón remoto de nuestro planeta, que no sea aquél al que estamos habituados? Tu estado de resignación me hace estremecer.»

Yo, personalmente, no era capaz de compartir aquellas palabras. Y continuaba pensando que lo que se nos había dado a elegir era sólo el escenario – interpretado en el sentido de superficialidad –, todo lo demás no.

Pero más allá de estos diálogos mentales que me figuraba tener con Giovanna, o con cualquier otra persona fortuita que pudiera presentarse ante mí, sentía que en mi mente, junto a mis convicciones, no reinaba más que una constante sensación de incertidumbre. Y por muy firmemente que creyera en ellas, en algunas ocasiones llegaba a dudar de que pudieran no ser las más correctas, las mejores. No podía impedirme pensar que existía la hipótesis de que en mi mente pudiera residir una cierta dosis de locura que, abrumadora, siempre primaba sobre cualquier otra cosa.

La víspera del aniversario de la muerte de Marcello, de camino a casa desde la editorial, tuve la ocasión de intercambiar unas cuantas palabras con mi hermano y Endrina. Era una tarde más fría de lo habitual, en nuestra ciudad ya se había posado la penumbra del ocaso y el cielo empezaba lentamente a oscurecerse. Me daba casi la impresión de que, aquella tarde, la oscuridad pretendía hacerse esperar y que aquella indolencia no era más que una astucia para acostumbrarnos poco a poco a esa circundante normalidad. Por supuesto, era solo una sensación mía, nada más.

«Adriano, buenas tardes» empezó Endrina.

A pesar de la formal ironía de su comienzo, su rostro transmitía desasosiego. En un primer momento, conjeturé que debía de haber transcurrido una jornada laboral no especialmente agradable, que debía de haber surgido alguna dificultad. Después de saludarnos los tres, fue justamente ella quien comenzó a contar de sus problemas, como si deseara sacudirse un peso de encima.

«No me preguntes cómo estamos, porque no tenemos noticias especialmente gratas que referirte» se concedió una pausa, luego añadió «Personalmente, hoy solo he tenido problemas en el trabajo. Siempre aparecen complicaciones, mis colegas realmente han conseguido extirparme cualquier rastro de buen humor» sacudió la cabeza molesta, entonces permaneció en silencio unos instantes. No daba, en cualquier caso, la impresión de haber terminado su discurso. «Por añadidura, hace un par de días falleció mi tío. En casa de mis parientes se ha producido cierta agitación, se quedaron bastante tocados por este repentino luto. Ha sido difícil para ellos, y más encima todos los preparativos...» no

concluyó la frase. Endrina hablaba en tono agitado, probablemente irritada y a la vez ligeramente disgustada por aquel acumularse de penas.

Yo, por mi parte, con mi usual indiferencia, puesto que se trataba de asuntos totalmente ajenos a mí, me limité a observar que lo sentía por ella y por lo sucedido.

«Mañana por la tarde tendrá lugar el funeral» informó.

A lo que Bruno asintió, como confirmando que lo que la muchacha había dicho correspondía a la realidad. Tal vez asintió por instinto, sin siquiera darse cuenta, automáticamente. Observando a mi hermano, tenía la impresión de que era indiferente a todo, o a casi todo, como si ninguna noticia consiguiera realmente implicarle o interesarle más allá de cierto límite. Y que lo de la muerte era sencillamente uno de los tantos temas a tratar, a conversar, y a olvidar inmediatamente después, como una formalidad vacía. Si hubiera pensado en ella con seriedad, estaba seguro de que se habría quedado traumatizado por ello, pero como le importaba estar bien y en salud, se concedía el lujo de pasar por alto aquel tema. Quizá, más bien, sentía una ligera aprensión por el hecho de que no era la primera vez que a su novia le sucedía de montar en cólera con sus colegas. Todas cosas de poca monta, en cualquier caso.

Mi hermano empezó a decir: «Sí, mañana será un día repleto de compromisos de toda clase. Ya avisé debidamente a tiempo de que saldría del trabajo una hora antes, de forma que pueda pasar unos instantes en casa de los familiares de Marcello durante su conmemoración, antes de dirigirme al entierro. Intentaré hacer todo lo posible para poder llegar a tiempo a ambos eventos.» Entonces añadió: «Desde un punto de vista organizativo, la tarde que se nos plantea es una especie de locura. Pero, ¿qué podemos hacer al respecto? No siempre puede elegirse todo en la vida, y no podemos negarnos a nuestras obligaciones. Definitivamente, no podía permitirme buscar justificaciones para no asistir ni unos momentos a la conmemoración, ni mucho menos a un funeral. Somos personas responsables, de principios. Como de costumbre, intentaré complacer a todos, o mejor dicho, hacer el menor daño posible a las personas que me son queridas.»

«Sí, naturalmente» rebatió Endrina. Luego añadió: «Yo, en cambio, me temo que mañana acudiré directamente al funeral, no dispongo de suficiente tiempo para presenciar ambas funciones, y salir antes del trabajo está descartado. Tras la discusión que tuve hoy con mis colegas, es impensable» sentenció, y concluyó «Afortunadamente, esta es la última semana, después de la cual ya no trabajaré allí.»

«Sí, menos mal» enfatizó Bruno. «Trabajar con personas incompetentes es una auténtica pesadilla. Estoy ansioso de que Endrina pueda empezar su nuevo trabajo y encontrarse en un entorno más competente que el actual.»

Continuaron conversando casi entre ellos sobre el asunto, y solo de cuando en cuando me dirigían algunas miradas, como para obligarme a fingir que estaba pendiente de ellos. Yo, durante el diálogo entero, apenas observé algo.

Ya estaba completamente oscuro, las farolas y los letreros de las tiendas ya se habían encendido e iluminaban tenuemente la calle. Me puse a pensar en el hecho de que durante ese último año había empleado asiduamente la palabra “cambiar” o “cambio”. Era una palabra ambigua, cada uno podía permitirse utilizarla en numerosos contextos, todos disímiles entre sí, confiriéndole un significado no necesariamente idéntico. Quizá la mayor parte de los individuos, con este término, se refieren a pasar de un estado a otro diferente, de una situación a otra, en la que ha sido añadido o sustraído algún elemento o sensación, como una especie de transformación.

Pero, ¿qué significaba para mí “cambiar”? Amaba repetir la oración: “Vivir significa cambiar constantemente” y de ello estaba firmemente convencido. Por añadidura, me resultaba algo que no dependía de mí, que simplemente me había visto obligado a aceptar como condición del vivir, del eterno fluir. Nunca había deseado intentar detener ese fluir, ni mitigar ciertas sacudidas que nos da la vida.

Sin embargo, por mucho que no me opusiera a esta “condición” y la aceptara, advertía que nunca había logrado conformarme a ella y que no pasaba de ser una teoría. Una teoría insoportable, asfixiante, y, para no dejarme abrumar, me reconducía a apelarme a otra: aquella de los valores de mi conciencia y del asegurarme una coherencia conmigo mismo. No era correcto, por tanto, utilizar el término “cambiar”, desde el momento en que lo único que hacía era padecer, padecer acontecimientos, permanecer desorientado pero aferrado a mis valores, y encontrarme al borde de sucumbir. Afrontar un cambio, para mí, era lo más impracticable de todo.

Ese año, ciertamente, se habían producido cambios en mi vida. Más que de transformaciones, sin embargo, opino que es más oportuno hablar de “interrupción”, o de “congelamiento”, puesto que todos los aspectos de mi existencia habían empezado a desinteresarme (yo mismo, tal vez, me había impuesto que así debía ser), y ya no conseguía conferir más valor alguno a ninguno de ellos.

¿Qué me había inducido, sin embargo, a ese trastocamiento de mi vida, a ese cesar de atribuir importancia a lo que antes me pertenecía? La razón más evidente era la muerte de mi amigo más íntimo; esto, no obstante, no era suficiente para justificar la repugnancia que había empezado a despertar en mí hacia todo, esa intransigencia desenfrenada hacia las teorías de las personas a mí cercanas, que tan repentinamente se había exasperado en mí.

En el pasado, asimismo, siempre había hecho referencia a mis valores, pero jamás los había defendido con tanto ardor, y me daba por fin cuenta de cuánto ese deseo de “congelar” todo lo que me circundaba no provenía sino de no querer mancillar la muerte de Marcello – la primera cosa querida que me había sido arrebatada en la vida – con la cercanía de otras teorías que me resultaban desvaídas, casi ofensivas.

Su partida debía preservarse como algo cándido, ideal, y esta reacción mía no era, aparte de una forma de no sucumbir ante la nada de la vida, más que un reflejo de lo que estaba a mi alrededor, a lo que debía oponerme, para poder alejarlo.

Caminando por la orilla del lago, mis pensamientos persistían en dirigirse hacia el pasado. Y cuando hablo de pasado, casi siempre me refiero a Marcello, o a veces incluso a la misma muerte, percibida como un concepto abstracto.

Si el fallecimiento de mi amigo había sido una experiencia dolorosa, que marcaría mi vida para siempre, observando – como era típico en mí – los acontecimientos de ese último año con distanciamiento, podría sin duda afirmar que se había tratado de algo igualmente perfecto, elevado tal vez, e ideal. Si abrigaba un sumo respeto hacia la muerte, no considero que sería infundado afirmar que sentía por ella un sentimiento de admiración igualmente grande. Y, en ese entonces, confieso, no podía impedirme pensar en el hecho de que hubiera deseado que mi muerte pudiera, algún día, asemejar a la de mi mejor amigo.

Ya aproximándonos al pabellón, desde donde se podía contemplar la entera superficie del lago oscuro, dejándome arrastrar por reverberos y nostalgias pasadas, casi olvidándome de hallarme en compañía de Endrina y mi hermano, los cuales se entretenían mutuamente con sus soliloquios, me acerqué a ello y permanecí allí durante algunos instantes, hasta que oí la voz de Bruno instándome con ironía a reunirme con ellos.

«Adriano, ¿adónde huyes? ¿Que nunca puedas prestar atención a nuestros discursos?»